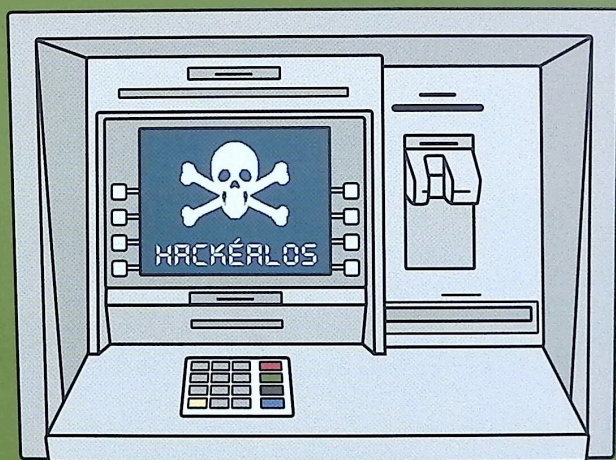


# ESTO NO ES UN PROGRAMA TIQQUN



**a**

errata naturae

**COLECCIÓN**  
**LA MUCHACHA DE DOS CABEZAS**



# **ESTO NO ES UN PROGRAMA TIQQUN**

Traducción de Javier Palacio Tauste



errata naturae

PRIMERA EDICIÓN: abril de 2014  
TÍTULO ORIGINAL: *Ceci n'est pas un programme*

© La Fabrique-Éditions, 2009  
© de la traducción, Javier Palacio Tauste, 2014  
© Errata naturae editores, 2014  
C/ Río Uruguay 7, bajo C  
28018 Madrid  
info@erratanaturae.com  
www.erratanaturae.com

ISBN: 978-84-15217-74-9  
DEPÓSITO LEGAL: M-9672-2014  
CÓDIGO BIC: JP  
DISEÑO DE PORTADA E ILUSTRACIONES: David Sánchez  
MAQUETACIÓN: María O'Shea  
IMPRESIÓN: Kadmos  
IMPRESO EN ESPAÑA – PRINTED IN SPAIN

Los editores autorizan la reproducción de este libro, de manera total o parcial, siempre y cuando se destine a un uso personal y no comercial.

## ¡REDEFINICIÓN DE LA CONFLICTIVIDAD HISTÓRICA!

No creo que la gente normal piense que, a pequeña escala, exista el riesgo de una ruptura rápida y violenta con el Estado y de una guerra civil declarada. En todo caso, la idea que se abre paso es, para servirnos de una expresión periodística, la de una guerra civil larvada, la de una guerra civil de trincheras que arrebataría toda su legitimidad al Estado.

*Terrorisme et démocratie*, obra colectiva,  
Éditions sociales, 1978

**D**e nuevo nos encontramos en un momento de experimentación a ciegas, prácticamente sin formularios previos. No se nos ha comunicado nada, lo cual podría acabar por resultar ventajoso. De nuevo la acción directa, la destrucción sin ambigüedades, la guerra sucia, el rechazo frente a cualquier mediación: a quienes no quieran entenderlo no les ofreceremos ninguna explicación. De nuevo el deseo, el plano de inmanencia<sup>1</sup> de todo aquello que

<sup>1</sup> El plano de inmanencia (o de composición) es un concepto propuesto por Gilles Deleuze, pudiéndose leer, por ejemplo, en *Mil mesetas*: «Tan sólo hay relaciones de movimiento y de reposo, de velocidad y de lentitud entre elementos no formados, al menos relativamente no formados, moléculas y partículas de todo tipo. Tan sólo hay haecceidades, afectos, individuaciones sin sujeto, que constituyen agenciamientos colectivos. Nada se desarrolla, pero tarde o temprano, suceden cosas, y forman tal o tal agenciamiento según sus composiciones de velocidad. Nada se subjetiva, pero se forman haecceidades según las composiciones de potencias o de afectos no subjetivados. Este plan, que sólo conoce longitudes y latitudes, velocidades y haecceidades, nosotros lo denominamos plano de inmanencia o de composición (por oposición al plan de organización y de

fuera reprimido durante muchas décadas de contrarrevolución. De nuevo todo eso, el Autonomismo, el punk, la orgía, el disturbio, pero bajo una luz inédita, más madura, reflexiva, liberada de los equívocos de lo novedoso.

A fuerza de arrogancia, de operaciones de la «policía internacional», de comunicados permanentes de victoria, un mundo que se vendía como el único posible, como corona de la civilización, se ha hecho al final violentamente odioso. El mundo que creía haber levantado un muro a su alrededor descubre el mal en sus entrañas, encarnado por sus hijos. El mundo que celebró un vulgar año nuevo como el paso a un nuevo milenio comienza a temer por sus próximos mil años de existencia. El mundo situado constantemente bajo el signo de la catástrofe ha descubierto a regañadientes que el hundimiento del «bloque socialista» no fue un augurio de triunfo, sino de la inevitabilidad de su propio hundimiento. El mundo que se hartó de fanfarrias anunciadoras del fin de la Historia, del éxito americano y del fracaso del comunismo habrá de *pagar* por su ligereza.

Ante tal coyuntura paradójica este mundo, es decir, su policía, se está construyendo un enemigo a su medida,

---

desarrollo». Gilles Deleuze, *Mille plateaux (capitalisme et schizophrénie)*, París, Les Éditions de Minuit, 1980. Trad. cast.: *Mil mesetas. Capitalismo y esquizofrenia*, Valencia, Pre-textos, 1988 (Esta nota, como todas las demás salvo que se especifique lo contrario, es del traductor).

folclórico. Se habla entonces del Black Bloc, del «circo anarquista itinerante», de una extendida conspiración contra la civilización. Conviene recordar la Alemania expuesta por Von Salomon en *Los proscritos*<sup>2</sup>, obsesionada por el fantasma de una organización secreta, la O. C., «que se extiende como una nube de gas» y a la que se le atribuye toda perturbación de una realidad volcada en la guerra civil. «La conciencia culpable intenta conjurar la fuerza que la amenaza. Crea un espantapájaros contra el cual puede echar pestes a discreción, creyendo así garantizar su seguridad», ¿no es eso?

**A**l margen de las elucubraciones habituales de la policía imperial, no se descubre ninguna legibilidad estratégica en los acontecimientos que suceden. No se descubre ninguna legibilidad estratégica en los acontecimientos que suceden porque ello supondría la configuración de algo común, de un mínimo común entre nosotros. Y eso, ese algo común, asusta a todo el mundo, hace recular al Bloom<sup>3</sup>, provoca sudores y estupor al trasladar la univocidad al centro de nuestras vidas en suspenso. En

<sup>2</sup> Ernst von Salomon, *Die Geächteten*, 1930. Trad. cast.: *Los proscritos*, Barcelona, Ediciones L. de Caralt, 1955.

<sup>3</sup> Según Giorgio Agamben, el colectivo Tiquun denomina «Bloom», término tomado del *Ulises* de James Joyce, «a los nuevos sujetos anónimos, a singularidades cualesquiera, vacías, dispuestas a todo, que pueden difundirse por todos lados pero permanecen inasibles, sin identidad pero reidentificables en cada momento». Giorgio Agamben, «Apostilla 2001» a *La comunità che viene*, Turín, Bollati Boringhieri, 2001. Trad. cast.: *La comunidad que viene*, Valencia, Pre-textos, 2006.

todas partes nos hemos acostumbrado a los contratos. Hemos huido de cuanto recordara a un *pacto*, porque un pacto no se puede rescindir; se respeta o se rompe. Y eso, en el fondo, es lo más difícil de entender: que de la positividad de algo común depende la fuerza de la negación, que nuestro modo de decir «yo» determina la potencia de nuestro modo de decir «no». A menudo uno se sorprende por la pérdida de cualquier forma de transmisión histórica, por el hecho de que desde hace unos cincuenta años ningún «padre» sea ya capaz de explicarle su vida a «sus» hijos, de configurar un relato que no sea mera discontinuidad trufada de anécdotas insignificantes. Lo que en realidad se ha perdido es la capacidad de establecer una relación comunicable entre nuestra historia y la Historia. En el fondo, subyace la creencia de que renunciando a toda existencia *singular*, de que abdicando de todo destino, se gana un poco de paz. Los Bloom creían que bastaba con desertar del campo de batalla para que cesara la guerra. Pero no ha sido así. La guerra no ha cesado, y aquellos que se negaron a emprenderla únicamente han ganado el descubrirse actualmente un poco más desarmados, un poco más *desfigurados* que los demás. El enorme magma del resentimiento que bulle hoy en las entrañas de los Bloom, con la forma del deseo nunca satisfecho de ver rodar cabezas, de encontrar culpables, de obtener cierto arrepentimiento general por la historia pasada, procede de ahí. Necesitamos una redefinición de la conflictividad histórica, y no de un modo intelectual, sino de manera vital.



Digo *redefinición* porque ya contamos con una definición de la conflictividad histórica, a la cual se remitía todo destino durante la época preimperial: *la lucha de clases*. Esa definición ha dejado hoy de resultar operativa. Sólo sirve como condena a la impotencia, a la mala fe y a la palabrería. Ninguna guerra puede ya librarse, ninguna vida vivirse, ceñidos por ese corsé de otro tiempo. Para seguir luchando ahora es preciso desembarazarse del concepto de clase, y junto a éste de su cortejo de certificados de origen, de sociologismos tranquilizadores, de prótesis identitarias. El concepto de clase, en el presente, sólo sirve para administrar el pequeño baño de neurosis, de separación, el proceso continuo que se hace evidente tan lánguidamente, en todos los ámbitos y desde hace tantos años en Francia. La conflictividad histórica ya no enfrenta a dos grandes bandos molares, a dos clases, los explotados y los explotadores, los dominadores y los dominados, los dirigentes y los trabajadores, entre los cuales, en cada caso concreto, resultaría posible elegir. La línea del frente ha dejado de pasar justo por en medio de la sociedad, y desde ahora ha de pasar justo por en medio de cada uno, ha de pasar separando aquello que convierte a uno en *ciudadano*, con sus predicados, los de los otros. Del mismo modo, se está librando *en todos los medios* una guerra entre la socialización imperial y aquello que ya ahora comienza a írseles de las manos. Un proceso revolucionario puede desencadenarse en cualquier punto del tejido biopolítico,

a partir de cualquier situación singular que produzca la ruptura de la línea de fuga que lo atraviesa. En la medida en que se producen tales procesos, tales rupturas, aparece un plano de inmanencia común, el de la subversión antiimperialista. «La generalidad de la lucha se constituye por el propio sistema de poder, por las formas de ejercicio y aplicación del poder». A ese plano de inmanencia lo hemos denominado Partido Imaginario, para que ya el mismo nombre exponga el artificio de su representación nominal y, *a fortiori*, política. Como cualquier plano de inmanencia el Partido Imaginario está a la vez ya aquí y en construcción. Construir el Partido, desde este momento, no significa construir una organización total en cuyo seno quedaría en suspenso cualquier diferencia ética en beneficio de la lucha; construir el Partido, desde este momento, significa *establecer formas-de-vida a partir de sus diferencias, intensificar, hacer más complejas las relaciones entre ellas, elaborar lo más refinadamente posible la guerra civil entre nosotros*. Porque la trampa más temible del Imperio consiste en amalgamar en un gran espantapájaros —el de la «barbarie», las «sectas», el «terrorismo» e, incluso, los «extremismos enfrentados»— todo aquello que se opone a él, centralizando la lucha de los que se le oponen para no dejar jamás que se distingan las facciones conservadoras del Partido Imaginario —militantes libertarios, anarquistas de derechas, fascistas insurrectos, jihadistas *qotbistas*, partidarios de la cultura rural— con sus facciones revolucionario-experimentales. Construir el Partido ya no se plantea, pues, en términos de organización, sino en términos

de *circulación*. Es decir, que si existe todavía un «problema de organización» es el de organizar la circulación en el seno del Partido. Pues únicamente la intensificación y preparación de nuestro encuentro pueden ayudar al proceso de polarización ética, a la construcción del Partido.

**E**s cierto que la pasión por la Historia es, en general, propia de unos cuerpos incapaces de *vivir* el presente. Sin embargo, no me parece fuera de lugar volver sobre las aporías del ciclo de lucha iniciado a comienzos de la década de 1970, ahora que se inicia otro. En las páginas siguientes surgirán numerosas referencias a la Italia de la década de los setenta; la elección no es arbitraria. Si no temiera extenderme, podría demostrar fácilmente que lo que entonces estaba en juego, del modo más rotundo y brutal, sigue estándolo hoy en gran medida, aunque en condiciones momentáneamente menos extremas. Guattari escribía en 1978: «En vez de considerar Italia como un caso aparte, vinculante pero no por ello menos raro, ¿no deberíamos reflexionar sobre las otras situaciones sociales, políticas y económicas, más estables en apariencia, propias de un poder estatal más consolidado, mediante el análisis de las tensiones que operan actualmente en ese país?». La Italia de los años setenta supone aún, en todos sus aspectos, la época de insurrección más cercana a nosotros. Es de ella de la que debemos partir, no para relatar la historia de un movimiento pretérito, sino para afilar las armas de la guerra en curso.



Nosotros, que provisionalmente operamos en Francia, no tenemos una existencia plácida. Sería absurdo negar que las condiciones en las que llevamos a cabo nuestra labor tienen un determinado carácter, e incluso asquerosamente determinado. Más allá del fanático aislamiento impreso en los cuerpos mediante la educación soberana del Estado que convierte *la escuela* en inconfesable utopía fijada en todos los cerebros franceses, existe esa desconfianza, esa pegajosa desconfianza en relación a la vida, en relación a cuanto existe *sin necesidad de excusas*. Y también un repliegue en relación al mundo —en el arte, en la filosofía, en la buena cocina, en la propia casa, en la espiritualidad o en la crítica— como línea de fuga exclusiva e impracticable de la que se alimentan los flujos en crecimiento de mortificación local. Repliegue umbilical que apela a la omnipresencia del Estado

francés, ese amo despótico que parece que gobernará aquí hasta que encuentre alguna oposición, de ahora en adelante, de carácter «ciudadano». Así le va al gran pasacalle de dubitativos, tullidos y *torcidos* cerebros franceses, que no acaban nunca de mirar fuera de sí mismos, y a cada segundo se encuentran más amenazados por cuanto se acerca algo que podría sacarles de su complaciente miseria.

**E**n casi en todas partes los cuerpos debilitados disponen de algún icono histórico del resentimiento al cual aferrarse, algún orgulloso movimiento fascistoide que ha empuñado con inmejorable estilo el emblema reaccionario. Eso no ocurre en Francia. El conservadurismo francés jamás ha tenido estilo. Y jamás lo ha tenido porque es un conservadurismo burgués, un conservadurismo *estomacal*. Que haya alcanzado, a la fuerza, cierto nivel de reflexividad enfermiza no altera el asunto. No es el amor a un mundo en vías de extinción lo que lo anima, sino el terror a la experimentación, a la vida, a la experimentación-vida. Este conservadurismo, en tanto que sustrato ético de los cuerpos específicamente franceses, hace primar cualquier posición política, cualquier tipo de *discurso*. Es éste el que establece la continuidad existencial, tan secreta como evidente, que garantiza la pertenencia de un Bové<sup>1</sup>, del burgués del distrito XVII de París, del

<sup>1</sup>José Bové, sindicalista y figura destacada del movimiento antiglobalización, fue candidato a la presidencia de la República francesa en 2007.

chupatintas de la *Encyclopédie des Nuisances*<sup>2</sup> y del notable de provincias al *mismo partido*. Poco importa, por otra parte, que tales cuerpos logren contagiar o no su prudencia en relación al orden existente; ya se entiende que es la misma pasión por los orígenes, por los árboles, por las pocilgas y por los pueblos la que hoy lanza sus proclamas contra la especulación financiera mundial, y que mañana reprimirá el menor movimiento de verdadera desterritorialización revolucionaria. En todas partes el mismo hedor a mierda exhalado por bocas tan sólo capaces de hablar en nombre del estómago. Ciertamente, Francia no sería la patria de la ciudadanía mundial —cabe temer que en un futuro cercano *Le Monde diplomatique* se traduzca a más idiomas que *El Capital*—, el epicentro ridículo de una insurgencia fóbica que pretende desafiar a los Mercados en nombre del *Estado*, si no se hubiera llegado a ese punto impermeable, a todo eso de lo que somos políticamente contemporáneos, y en especial a la Italia de los años setenta. De París a Porto Alegre, el capricho bloomesco de apartarse del mundo histórico dará fe, a partir de ahora, en cada país, de la expansión mundial de ATTAC<sup>3</sup>.

<sup>2</sup> La *Encyclopédie des Nuisances* (en castellano, Enciclopedia de Nocividades), revista cercana al postsituacionismo convertida en editorial a partir de 1991, publica textos sobre cuestiones sociales y los perjuicios asociados al industrialismo.

<sup>3</sup> ATTAC (Asociación por la Tasación de las Transacciones Financieras y por la Acción Ciudadana), movimiento fundado en Francia en 1998, promueve el control democrático de los mercados financieros.





## ¡MAYO RASTRERO CONTRA MAYO TRIUNFANTE!

El 77 no fue como el 68. El 68 tuvo carácter contestatario, el 77 fue radicalmente alternativo. Por esa razón, la versión «oficial» hace del 68 el bueno de la película y del 77 el malo; de hecho, el 68 ha sido recuperado, mientras el 77 ha sido liquidado. Por esa razón el 77 nunca podrá, a diferencia del 68, convertirse en fácil objeto de celebración.

Nanni Balestrini, Primo Moroni, *La horda de oro*

La noticia de un movimiento insurreccional en Italia, movimiento que duró más de diez años y al cual se pudo poner término únicamente mediante el arresto en una sola noche de más de cuatro mil individuos, amenazó con producirse en Francia en varias ocasiones a lo largo de los años setenta. Primero se produjeron las huelgas salvajes del Otoño Caliente (1969), que el Imperio superó recurriendo al atentado con bomba de Piazza Fontana<sup>1</sup>. Los franceses, para los cuales «la clase obrera (no) arrebató de las frágiles manos de los estudiantes la bandera roja de la revolución proletaria» más que para firmar los acuerdos

<sup>1</sup> Atentado ocurrido el 12 de diciembre de 1969 y que causó diecisiete muertos y cientos de heridos. El ataque fue realizado por grupos de extrema derecha en connivencia, supuestamente, con los servicios secretos italianos, con el fin de que se atribuyera la matanza a elementos anarquistas.

de Grenelle<sup>2</sup>, no podían por entonces creerse que un movimiento dirigido por universitarios pudiera madurar hasta extenderse a las fábricas. Con toda la amargura de su abstracta relación con la clase obrera, se sintieron heridos en su orgullo; su Mayo estaba deslustrado. Así darían al caso italiano el nombre de «Mayo rastrero».

Diez años más tarde, mientras se preparaba la celebración en *recuerdo* de los sucesos primaverales, con sus figuras más ilustres gentilmente integradas en las instituciones republicanas, nuevos ecos llegaron de Italia. Eran más confusos, porque los pacificados cerebros franceses habían dejado de entender ya gran cosa sobre la guerra con la cual, sin embargo, se habían comprometido, y también porque unos rumores contradictorios hablaban tanto de presos rebeldes y de contracultura armada como de las Brigadas Rojas (BR), además de otros asuntos hasta cierto punto en exceso *físicos* para lo que se acostumbra en Francia. se prestó así alguna atención, por simple curiosidad, y después se siguió adelante con sus insignificantes menudencias, diciéndose cada cual que, decididamente, esos italianos eran ciertamente ingenuos por querer continuar la revuelta cuando nosotros nos dedicábamos ya a su conmemoración. se perseveró, pues, en la denuncia del

<sup>2</sup>Los acuerdos de Grenelle fueron negociados los días 25 y 26 de mayo, durante la crisis de mayo de 1968, por representantes del gobierno de Pompidou, los sindicatos y las organizaciones de empresarios.

gulag, de los «crímenes del comunismo» y demás delicias de la «nueva filosofía». De este modo se dejó de ver que la revuelta se estaba produciendo por entonces en Italia *contra todo aquello en lo que Mayo del 68 se había convertido, por ejemplo, en Francia* —comprender que el movimiento italiano «cuestionaba a los profes que se vanagloriaban de su pasado sesentayochista, porque eran, en realidad, los más feroces defensores de la normalización socialdemócrata» (*Tutto Città* 77), pudo ciertamente procurar a los franceses una desagradable impresión de asunto familiar—. Una vez salvado el honor, se confirmaba, por tanto, la certeza de un «mayo rastrero» gracias al cual se camuflaba entre las nuevas sensaciones de temporada ese movimiento del 77 que volvía a dejar abiertas todas las posibilidades.

Kojève<sup>3</sup>, inigualable a la hora de *captar la vida*, enterró el Mayo francés recurriendo a una simpática fórmula. Pocos días antes de sucumbir a una crisis cardíaca durante una reunión de la OCDE declaraba en relación a los «sucesos»: «No ha habido muertos. No ha pasado nada». Hubiera hecho falta algo más, naturalmente, para enterrar el mayo rastrero italiano. Otro hegeliano entró por entonces en escena, que había adquirido no menor crédito que el anterior aunque por otros medios. Este hegeliano afirmó: «Escuchad, escuchad, no ha ocurrido

<sup>3</sup> Alexandre Kojève (1902-1968), conocido filósofo hegeliano que dejó honda huella en la filosofía francesa.

nada en Italia. Sólo unos cuantos desesperados manipulados por el Estado que, con el fin de aterrorizar a la población, han secuestrado a algunos políticos y matado a algunos magistrados. Nada especial, como podemos ver». Así, gracias a la autorizada opinión de Guy Debord nunca se supo a este lado de los Alpes que sí había ocurrido algo en Italia durante los años setenta. La inteligencia francesa se limitaría, y eso incluso en la actualidad, a lanzar meras especulaciones platónicas sobre la manipulación de las BR por tal o cual servicio del Estado o sobre el atentado de Piazza Fontana. Pero aunque Debord fuera un lamentable analista de lo que la situación italiana encerraba de explosivo, sería no obstante el introductor en Francia del deporte favorito del periodismo italiano: la *retrología*. Por retrología —disciplina cuyo axioma fundamental sería «la verdad está ahí fuera»— los italianos entienden ese paranoico juego de espejos practicado por aquellos a quienes resulta imposible creer en algún acontecimiento, en algún fenómeno vital, y que deben constantemente por ello, es decir, *a causa de su enfermedad*, suponer que siempre hay alguien tras el suceso —la logia P2, la CIA, el Mossad o ellos mismos—. El ganador es quien consigue ofrecer a sus camaradas las más sólidas razones para poner en duda la realidad.

**A** sí se entiende mejor por qué los franceses se refieren, en relación a Italia, a un «mayo rastrero». Es porque cuentan con un Mayo orgulloso, público, de Estado.

El Mayo del 68 parisino ha seguido siendo *símbolo* del antagonismo político mundial de los años sesenta y setenta, en la justa medida en que su *realidad* estaba ahí fuera, en otra parte.

No se hizo el menor esfuerzo, sin embargo, para explicar a los franceses algo del levantamiento italiano; se contaba con *Mil mesetas* y *La revolución molecular*<sup>4</sup>, y aunque surgieron el Autonomismo y el movimiento *squat*, nada tuvo la suficiente potencia de fuego como para atravesar el muro de mentiras erigido por el espíritu francés. Nada que se pudiera fingir no haber visto. En lugar de eso, se prefirió parlotear sobre La República, La Escuela y La Seguridad Social, La Cultura, La Modernidad y el Contrato Social, El Malestar-En-Los-Suburbios, La Filosofía y Los Servicios Públicos. Y de eso mismo se sigue parlotando todavía, en un momento en que los servicios imperiales están recurriendo de nuevo en Italia a una «estrategia de la tensión». Decididamente, haría falta que un elefante entrara en esta cacharrería. Alguien que cuestionara de manera grosera y de una vez por todas las evidencias en las que todos se apoyan; a riesgo de destrozar un tanto ese andamiaje ideal.

<sup>4</sup> Gilles Deleuze y Félix Guattari, *Mille Plateaux*, op. cit.; Félix Guattari, *La révolution moléculaire*, París, Éditions Recherches, 1977.

Quiero dirigirme aquí, entre otros, a los «camaradas», a aquellos con quienes sé que comparto partido. Estoy bastante harto del confortable retraso teórico de la extrema izquierda francesa. Estoy harto de escuchar desde hace décadas los mismos falsos debates de un submarxismo retórico: espontaneidad u organización, comunismo o anarquismo, comunidad humana o individualismo rebelde. Todavía quedan bordiguistas, maoístas y consejistas<sup>5</sup> en Francia. Y eso sin mencionar los crónicos *revivals* trotskistas y el folclore situacionista.

<sup>5</sup> El bordiguismo, movimiento que toma su nombre de Amedeo Bordiga (1889-1970), primer secretario general del Partido Comunista Italiano, se oponía a la participación de los comunistas en las instituciones democráticas burguesas y consideraba al partido como única voz representante de los obreros. Con el tiempo, su concepción del marxismo se consideraría ortodoxa y excesivamente dogmática. El consejismo fue una corriente izquierdista surgida en Alemania, que abogaba por un comunismo de consejos obreros en lugar de un comunismo de partido, como forma organizativa de un proletariado consciente de su labor histórica y de su autonomía obrera. Finalmente, tras perder influencia política, se transformaría en una propuesta meramente teórica.

## PARTIDO IMAGINARIO Y MOVIMIENTO OBRERO

Estaba claro lo que estaba sucediendo en aquel momento: el sindicato y el PCI se te echaban encima al igual que la policía, al igual que los fascistas. Estaba claro que en aquel momento se había producido una ruptura irremediable entre ellos y nosotros. Estaba claro que desde ese momento el PCI había perdido su derecho a la palabra dentro del movimiento.

Un testigo de los enfrentamientos del 17 de febrero de 1977 frente a la Universidad de Roma, citado en *L'orda d'oro*

**E**n su último libro, Mario Tronti constata que «el movimiento obrero no ha sido derrotado por el capitalismo; el movimiento obrero ha sido derrotado por la democracia». Pero la democracia no ha derrotado al movimiento obrero en tanto que creación ajena a ella misma: lo ha derrotado *en tanto que su límite interno*. Eventualmente, la clase obrera no ha sido sino el espacio privilegiado del proletariado, entendido en tanto que «clase dentro de la sociedad civil que no es una clase de la sociedad civil», en tanto que «orden que supone la disolución de todos los órdenes» (Marx). A partir del periodo de entreguerras el proletariado comienza abiertamente a ir más allá de la clase obrera, hasta el punto de que las facciones más avanzadas del Partido Imaginario comienzan a reconocer en ella, en su laboriosidad fundamental, en sus supuestos «valores», en su clasista autosatisfacción, en resumen, en

su ser-de-clase homólogo al de la burguesía, a su enemigo más temible y al más destacado vector de integración en la sociedad del Capital. El Partido Imaginario será desde ese momento *el modo de manifestación* del proletariado.

**E**n todos los países occidentales el 68 representa el encuentro y choque del viejo movimiento obrero, esencialmente socialista y senescente, con las primeras facciones *constituidas* del Partido Imaginario. Cuando dos cuerpos chocan, la dirección resultante del encontronazo depende de la inercia y de la masa de cada uno. Lo mismo sucede, pues, en cada país. Allá donde el movimiento obrero era todavía poderoso, como en Italia y Francia, las escasas bases del Partido Imaginario tomaron como orientación sus formas más apolilladas, imitando tanto su lenguaje como sus métodos. Se pudo asistir así al renacimiento de las prácticas militantes de tipo «Tercera Internacional». Se trató de un caso de histeria grupuscular y de neutralización por el recurso a la abstracción política. Se trató, pues, del caso del breve triunfo del maoísmo y del trotskismo en Francia (GP, PC-MLF, UJC-ML, JCR, Partido de los Trabajadores, etc.), de los *partitini* (Lotta Continua, Avanguardia Operaia, MLS, Potere Operaio, Manifesto) y de otros grupos extraparlamentarios en Italia. Allá donde el movimiento obrero llevaba tiempo liquidado, como en Estados Unidos o Alemania, se produjo el paso inmediato de la revuelta estudiantil a la lucha armada, donde la asimilación de prácticas y tácticas



características del Partido Imaginario se vio a menudo camuflada bajo un barniz de retórica socialista e, incluso, tercermundista. Éste fue el caso, en Alemania, del Movimiento del 2 de junio, de la Rote Armee Fraktion (RAF) o de las Rote Zellen, y en Estados Unidos del Black Panther Party, los Weathermen, los Diggers o la Familia Manson, emblema de un prodigioso movimiento de desertión interior.

Lo característico del caso italiano, en este contexto, es que el Partido Imaginario, tras confluir masivamente en las estructuras de carácter socialista de los *partitini*, encontró todavía fuerzas para hacerlas explotar. Cuatro años después de que el 68 diera pruebas de la «crisis hegemónica del movimiento obrero» (R. Rossanda), la hoguera que hasta entonces había aportado su fuego se trasladó a Italia, hacia 1973, para dar luz al primer levantamiento de importancia del Partido Imaginario en una zona clave del Imperio: fue el Movimiento del 77.

El movimiento obrero ha sido derrotado por la democracia, es decir, que nada de cuanto ha surgido de esa tradición está en disposición de afrontar las nuevas formas de hostilidad. Más bien al contrario. Cuando el *hostis* ya no es una parte de la sociedad —la burguesía—, sino la sociedad como tal, en tanto que *poder*, y por tanto estamos luchando no contra las clásicas tiranías sino

contra las democracias biopolíticas, descubrimos que todas las armas y estrategias están por reinventarse. El *hostis* se denomina ahora Imperio, y para él somos el Partido Imaginario.

## ¡APLASTAR EL SOCIALISMO!

Usted no es del Castillo; usted no es del pueblo;  
usted no es nada.

Franz Kafka, *El Castillo*

**E**l elemento revolucionario es el proletariado, la plebe. El proletariado no es una clase. Como sabían todavía los alemanes del pasado siglo, *es gibt Pöbel in allen Ständen*: hay plebe en todas las clases. «La pobreza en sí misma no supone en absoluto una forma de pertenencia a la plebe; ésta sólo viene determinada en tanto que tal por la mentalidad en relación a la pobreza, a la rebelión interior contra los ricos, contra la sociedad, contra el gobierno, etc. Eso se relaciona con el hecho de que los hombres asignados a la contingencia se conviertan a su vez en atrevidos y rebeldes en el trabajo, como por ejemplo los Lazzaroni de Nápoles» (Hegel, *Fundamentos de la filosofía del derecho*, añadido al § 24). Cada vez que el proletariado ha intentado definirse como clase se ha vaciado de sí mismo, ha adoptado el modelo de la clase dominante, de la burguesía. En tanto que no-clase, el proletariado no se enfrenta

a la burguesía, sino a la *pequeña burguesía*. Mientras el pequeño burgués cree que podrá mejorar socialmente, convencido de que acabará por salir a flote de manera individual, el proletario sabe que su destino está sujeto a la cooperación con los suyos, que necesita de ellos para permanecer en su ser, en resumen, que su existencia individual tiene antes que nada carácter colectivo. En otras palabras: *proletario es aquel que se reconoce como forma-de-vida*. O es comunista o no es nada.

En cada época se redefine la forma de manifestación del proletariado en función de la configuración general de las hostilidades. La más lamentable confusión al respecto afecta a la «clase obrera». En tanto que tal, la clase obrera siempre ha sido hostil al movimiento revolucionario, al comunismo. No fue socialista por casualidad, lo fue *por esencia*. Si se exceptúan los elementos plebeyos, es decir, precisamente aquello que *no* podía reconocer como obrero, el movimiento obrero coincide a lo largo de su existencia con la facción *progresista* del capitalismo. Desde febrero de 1848 hasta las utopías autogestionarias de los años setenta, pasando por la Comuna, nunca ha reivindicado, ni siquiera por voz de sus figuras más radicales, sino el derecho de los proletarios *a administrar por sí mismos el Capital*. De hecho, lo que ha pretendido siempre con su labor no es sino la ampliación y profundización de la base humana del Capital. Los regímenes llamados «socialistas» llevaron a cabo su programa por completo:

la integración de *todos* en la relación capitalista de producción y la inserción de *cada uno* en el proceso de valorización. Su hundimiento, a cambio, no ha supuesto sino la demostración de la imposibilidad del programa capitalista último. Es, por tanto, mediante las luchas sociales y no en su contra como el Capital se ha instalado en el seno de la humanidad, como ésta se lo ha *reapropiado efectivamente* hasta convertirse, hablando con propiedad, en la *gente del Capital*. El movimiento obrero fue, pues, esencialmente un movimiento social, y en calidad de tal sobrevive. En mayo de 2001 un jefecillo de los Tute bianche<sup>1</sup> italianos vino a explicar a los embrutecidos jóvenes de Socialisme par en bas<sup>2</sup> cómo transformarse en interlocutor creíble del poder, cómo entrar por la ventana en el sucio juego de la política clásica. Narraba así la «trayectoria» de los Tute bianche: «Para nosotros, los Tute bianche son símbolo de los individuos ausentes en la política institucional, de todos aquellos que no están representados: los sin papeles, los jóvenes, los trabajadores precarios, los drogadictos, los parados, los excluidos. Nuestra intención es ofrecer representación a la gente que no dispone de ella». El movimiento social en nuestros días, con sus neosindicalistas, sus militantes informales, sus portavoces adoradores del espectáculo, su estalinismo nebuloso y sus micropolíticas, resulta a este respecto heredero del movimiento obrero:

<sup>1</sup> Movimiento antiglobalización creado en 1994, de ideario anarquista y partidario de la desobediencia civil.

<sup>2</sup> En castellano: Socialismo desde abajo. Es una organización trotskista francesa surgida en 1997 de la escisión de Socialisme International.

mercadea con los órganos conservadores del Capital la integración del proletariado en el renovado proceso de valorización. A cambio de un incierto reconocimiento institucional —incierto en virtud de la imposibilidad lógica de representar lo no-representable, al proletariado—, el movimiento obrero y, por tanto, social se ha comprometido a garantizar al Capital la paz social. Cuando una de sus estériles egerias, Susan George<sup>3</sup>, denuncia tras los sucesos de Gotemburgo a esos «vándalos» cuyos métodos «son tan antidemocráticos como las instituciones contra las que pretenden luchar»; cuando en Génova los Tute bianche entregan a la pasma a supuestos miembros del reducido Black Bloc —a los que paradójicamente difaman tildándoles de infiltrados de la propia policía—, los representantes del movimiento social nos recuerdan la reacción del partido obrero italiano enfrentado al Movimiento del 77. Como puede leerse en el informe presentado por Paolo Bufalini el 18 de abril de 1978 al Comité Central del PCI, «las masas populares, todos los ciudadanos con sentimientos democráticos y cívicos, continuarán con su labor para aportar su apreciable ayuda a las fuerzas del orden, a los agentes y militares responsables de la lucha antiterrorista. Su contribución más importante es el aislamiento político y moral de los *brigatisti* rojos, de sus simpatizantes y sus apoyos, con el fin de dejarles sin la menor coartada, la menor colaboración desde el exterior, sin el menor punto de

<sup>3</sup> Filósofa y analista política, presidenta del comité de planificación del Transnational Institute de Amsterdam y vicepresidenta, entre 1999 y 2006, de ATTAC Francia.

apoyo. Se trata de hacer el vacío a su alrededor, de dejarlos como peces fuera del agua. No es un trabajo fácil, si se piensa hasta qué punto debe de ser grande el número de participantes en proyectos criminales». Puesto que nadie tiene más interés que él en el mantenimiento del orden, el movimiento social estuvo, está y estará a la vanguardia de la guerra declarada contra el proletariado. Y desde ahora, contra el Partido Imaginario.

Que el movimiento obrero ha sido siempre portador de la Utopía-Capital, la de una «comunidad de trabajo donde no existan más que productores, sin ociosos ni parados, y que gestione sin crisis ni desigualdades el capital, transformándose así en La Sociedad» (Philippe Riviale, *La Ballade du temps passé*<sup>4</sup>), nada lo demuestra mejor que la historia del mayo rastrero. Contrariamente a lo que sugiere la expresión, el mayo rastrero no fue en modo alguno un proceso continuo a lo largo de diez años, sino, por el contrario, un coro a menudo cacofónico constituido por procesos revolucionarios locales, desplegándose por sí solos, en cada ciudad, según su propio ritmo de recesos y reactivaciones, de éxtasis y aceleramientos, y en respuesta los unos a los otros. Se produciría, sin embargo, una ruptura decisiva, en opinión general, con la adopción en 1973 por parte del PCI de una línea de compromiso

<sup>4</sup>Philippe Riviale, *La Ballade du temps passé: Guerre et insurrection de Babeuf à la Commune*, París, Anthropos, 1977.

histórico. El periodo anterior, de 1968 a 1973, había estado marcado por el enfrentamiento entre el PCI y los grupos extraparlamentarios en vistas a su predominio en tanto que representantes de los nuevos antagonismos sociales. En otro lugar eso hubiera supuesto el efímero éxito de la «segunda» o «nueva» izquierda. La gran apuesta del periodo pasa por aquello que en aquel momento se denominó una «salida política», es decir, la traslación de las luchas concretas a una forma de gestión alternativa, a una extensión del Estado capitalista. Luchas que el PCI observó primero con buenos ojos, impulsando incluso determinadas iniciativas e intentando mejorar su poder contractual. Pero a partir de 1972 el nuevo ciclo de luchas comienza a agotarse a escala mundial. Para el PCI resulta obligatorio sacar partido con la mayor celeridad de una disposición social al malestar, ahora entrada en caída libre. Por otra parte, la lección chilena —un partido socialista cuyo ascenso al poder se salda al poco tiempo con un *putsch* imperial teledirigido— le disuade de intentar alcanzar por sí solo la hegemonía política. Es entonces cuando el PCI elabora su línea de compromiso histórico. Con la adhesión del partido obrero a las filas del orden y el consiguiente cierre de la esfera de la representación, cualquier mediación política deviene imposible. El Movimiento percibe su aislamiento, obligado a trazar sus propias posiciones al margen del punto de vista de clase; los grupos extraparlamentarios y su fraseología se demuestran brutalmente yermos; bajo el efecto paradójico de la consigna de *des/aggregazione* el Partido Imaginario



comienza a configurar su plano de inmanencia. Frente a él, en cada etapa sucesiva del proceso revolucionario, encontrará lógicamente al PCI como su más resuelto adversario. Los enfrentamientos más duros del Movimiento del 77, ya se trate de los de Bolonia o los de la Universidad de Roma entre Autonomistas e Indios Metropolitanos<sup>5</sup> por un lado, y el servicio de orden de Luciano Lama, el líder de la CGIL, y la policía por otro, enfrentarán al Partido Imaginario con el partido obrero; y más adelante serán, por supuesto, los «magistrados rojos» quienes lancen la ofensiva judicial «antiterrorista» de 1979-1980, con su sucesión de redadas. Los orígenes del discurso ciudadano que sigue actualmente en boga con sus peroratas en Francia hay que buscarlos ahí, y situar en ese contexto su función estratégica ofensiva. Como escribieron entonces algunos miembros del PCI, «en realidad está claro que los terroristas y los militantes subversivos se proponen contrarrestar el avance progresivo de los trabajadores hacia el gobierno político del país, atacar la estrategia basada en la extensión de la democracia y en la participación de las masas populares y cuestionar las decisiones de la clase obrera, con tal de arrastrarla a una confrontación directa en un trágico desgarramiento del tejido democrático. [...] Si surge en el país una gran movilización popular, si las fuerzas democráticas amplían su acción unitaria, si el gobierno transmite firmes directrices a unos aparatos de

<sup>5</sup> Los Indios Metropolitanos constituyeron una facción del movimiento autonomista italiano, célebre por su recurso al imaginario de los pueblos amerindios.

Estado apropiadamente reformados y que se demuestran más eficaces, el terrorismo y la subversión serán arrinconados y derrotados, y la democracia podrá desarrollarse en un Estado profundamente renovado» (*Terrorismo y democracia*). La exigencia de denunciar a cualquiera como terrorista implica, pues, una exigencia de aislamiento de uno mismo en tanto que ente capaz de generar violencia, supone la obligación de proyectar lejos de uno mismo su propia lucha latente, de introducir en uno mismo la escisión económica que hará de nosotros un sujeto político, un ciudadano. Es, por lo tanto, con términos en realidad muy actuales como Giorgio Amendola, por entonces con cargo directivo en el PCI, atacaba al Movimiento del 77: «Sólo quienes tienen por objetivo la destrucción del Estado republicano pueden tener interés en sembrar el pánico y en predicar la deserción frente al mismo». De eso se trata.

## ¡ARMAS PARA EL PARTIDO IMAGINARIO!

Los puntos, los nodos, los focos de resistencia están diseminados con mayor o menor densidad en el tiempo y el espacio, dirigiendo a veces de manera decisiva a grupos o individuos, iluminando ciertos puntos del cuerpo, ciertos momentos de la vida, ciertos tipos de acción. ¿Se trata de grandes y radicales rupturas, de particiones binarias y masivas? En ocasiones, sí. Pero con mayor frecuencia nos enfrentamos con puntos de resistencia móviles y transitorios, que introducen en una sociedad líneas divisorias que se desplazan, quebrantando unidades y suscitando reagrupamientos, abriendo surcos en los propios individuos, troceándolos y remodelándolos, trazando en ellos, en sus cuerpos y almas, regiones irreductibles. Del mismo modo que la red de relaciones de poder acaba formando un espeso tejido capaz de recorrer aparatos e instituciones, sin localizarse exactamente en ellos, un enjambre de puntos de resistencia recorre las estratificaciones sociales y las unidades individuales. Y es sin duda la codificación estratégica de tales puntos de resistencia lo que posibilita una revolución.

Michel Foucault, *La voluntad de saber*

El Imperio viene a ser un medio de dominación irrecognocible desde Fuera, que ha llegado a sacrificarse en tanto que lo Mismo para eliminar lo Otro. El Imperio no excluye sustancialmente nada, sólo excluye cualquier cosa que se presente ante él como *otro*, que se sustraiga a una convalidación general. El Partido Imaginario supone por tanto una nada, específicamente, al ser todo aquello que obstaculiza, mina, destruye o desmiente cualquier

convalidación. Ya se exprese por boca de Putin, Bush o Jiang Zemin, el Imperio calificará siempre a su *hostis* de «criminal», de «terrorista», de «monstruo». En circunstancias extremas, el propio Imperio diseñará en secreto las acciones «terroristas» y «monstruosas» de las que se apresurará a responsabilizar al *hostis* —recordemos las patrañas edificantes de Boris Yeltsin tras los atentados perpetrados en Moscú por sus propios servicios especiales, palabras especialmente dirigidas al pueblo ruso, en las que nuestro bufón llamaba a la lucha contra el terrorismo checheno, «contra un enemigo interior sin conciencia, piedad ni honor, sin rostro, nacionalidad o religión»—. No obstante, el Imperio jamás reconocerá sus propias operaciones militares como actos de guerra, sino solamente como operaciones de «mantenimiento de la paz», como asuntos propios de una «policía internacional».

**A**ntes de que la dialéctica *en tanto que pensamiento de la reintegración final* lanzara sus fanfarronadas en favor del 68, Marcuse ya había intentado reflexionar sobre esta curiosa configuración de las hostilidades. En una intervención fechada en 1966 y titulada «Sobre el concepto de negación en la dialéctica», Marcuse se refería a la costumbre hegeliano-marxista de situar la negación *en el interior* de una totalidad con polos enfrentados, ya se trate de dos clases, de dos esferas como la socialista y la capitalista o como las del Capital y el trabajo. A ello opone una contradicción, una negación venida *de fuera*. Así, señalaba

que la puesta en escena del enfrentamiento social en el seno de la totalidad, característica del movimiento obrero, no constituye sino un dispositivo mediante el cual se congela el acontecimiento, previniendo su irrupción *en el exterior* de la verdadera negación. De este modo, escribe: «El exterior al que me acabo de referir no debe entenderse automáticamente en términos espaciales, sino como una diferencia cualitativa capaz de superar las oposiciones operativas en el interior de las partes enfrentadas y no reducible a esas oposiciones. [...] El poder de la negación, como se sabe, no es, en la actualidad, patrimonio de ninguna clase. Constituye una oposición todavía caótica y anárquica; tiene carácter político y moral, racional e instintivo; representa el rechazo a participar del juego, el desinterés por el triunfo, el ansia de protesta. Es una oposición débil, una oposición inorgánica, pero basada a mi juicio en dinámicas concretas y que aspira a objetivos irreconciliablemente contrarios a la totalidad existente».

Desde el periodo de entreguerras la nueva configuración de las hostilidades fue abriéndose paso. Por un lado, se produjo la adhesión de la URSS a la SDN, el pacto Stalin-Laval, la estrategia ajedrecística del Komintern, el apoyo de las masas al nazismo, al fascismo y al franquismo, en pocas palabras, la traición por parte de los obreros a su herencia revolucionaria. Por otro, aparecieron nuevas salidas para la subversión social al margen del movimiento obrero —el surrealismo, el anarquismo español

o los *hobos* norteamericanos—. De repente, la identificación del movimiento revolucionario y del movimiento obrero se vino abajo, haciendo que el Partido Imaginario pareciera *excesivo* en relación a éste. La consigna «clase contra clase», que a partir de 1926 fue hegemónica, revela su contenido latente al descubrirse su predominio precisamente en un momento de desintegración de todas las clases por efecto de la crisis incipiente. «Clase contra clase» significa en realidad «clases contra no-clase», traiciona la determinación de absorber, de liquidar ese *resto* siempre más compacto, ese elemento flotante y sin asignación social que amenaza con llevarse por delante toda interpretación sustancialista de la sociedad, tanto burguesa como marxista. *De hecho, cabe interpretar primeramente el estalinismo como endurecimiento del movimiento obrero frente a su efectiva superación por el Partido Imaginario.*

Cierto grupo, el Círculo Comunista Democrático creado alrededor de Souvarine<sup>1</sup>, intentó por entonces, en la Francia de los años treinta, redefinir la conflictividad histórica. Tuvo éxito solamente a medias, pese a conseguir al menos señalar los dos principales escollos del marxismo: el economismo y la escatología. En el último número de la revista *La crítica social* constataba su fracaso: «Ni la burguesía liberal ni el inconsciente proletariado

<sup>1</sup> Boris Souvarine (1895-1984), activista, historiador y periodista francés nacido en Rusia, fue uno de los primeros críticos del régimen estalinista.

se muestran capaces de integrar dentro de sus organizaciones políticas a las fuerzas jóvenes y los elementos desclasados cuya participación, cada vez más activa, está acelerando el curso de los acontecimientos» (*La crítica social* 11, marzo de 1934). Cómo sorprenderse entonces de que en un país donde se acostumbra a remitirlo todo, y en particular la política, a la literatura, aparezca firmado por Bataille, en ese último número, el primer esbozo de una teoría del Partido Imaginario. El artículo lleva por título *Psicología de masas del fascismo*. Según Bataille, el Partido Imaginario se opone a la *sociedad homogénea*. «La base de la *homogeneidad* social es la producción. La *sociedad homogénea* es la sociedad productiva, es decir, la sociedad útil. Cualquier elemento inútil es excluido no de la sociedad total, sino de su parte *homogénea*. En esta parte cada elemento debe ser útil a la otra sin que la actividad *homogénea* pueda alcanzar nunca una forma de actividad *valiosa en sí*. Una actividad útil demuestra siempre un *rasero común* con otra actividad útil, pero no con una actividad *para sí*. Ese rasero común, fundamento de la *homogeneidad* social y de la actividad que revela, es el dinero, es decir, una equivalencia mensurable de los variados productos de la actividad colectiva». Bataille supo captar aquí la configuración contemporánea del mundo como *tejido biopolítico continuo*, que rinde cuenta tan sólo de la solidaridad fundamental entre los regímenes democráticos y los regímenes totalitarios, de su infinito trasvase. El Partido Imaginario, desde ese momento, es lo que se manifiesta como *heterogéneo* frente a la formación biopolítica.

«El propio concepto de *heterogéneo* indica que se trata de elementos de imposible asimilación, y esa imposibilidad que afecta de base a la asimilación social afecta al mismo tiempo a su asimilación científica. [...] La *violencia*, la *desmesura*, el *delirio* y la *locura* caracterizan en diverso grado a los elementos heterogéneos: activos, en tanto que individuos o en tanto que muchedumbre, actúan quebrantando las leyes de la *homogeneidad* social. [...] En resumen, la existencia *heterogénea* puede representarse en relación a la vida cotidiana como lo *absolutamente otro*, como lo *incommensurable*, adquiriendo estas palabras el valor *positivo* de que disponen en la experiencia afectiva realmente vivida. [...] El proletariado así entendido no puede, por otra parte, encerrarse en sí mismo: no constituye de hecho sino un punto de contacto para todo elemento social dissociado y lanzado a la *heterogeneidad*». El error de Bataille, y que por lo demás dejará marca en todo el proyecto del Colegio de Sociología y de *Acéphale*<sup>2</sup>, es seguir pensando en el Partido Imaginario *como parte de la sociedad*, seguir entendiéndolo como un cosmos, como una totalidad representable al margen de sí mismo, y considerarlo *desde ese punto de vista*, es decir, desde el punto de vista *de la representación*. La ambigüedad de las posiciones de Bataille en relación al fascismo tiene que ver con su apego a las antiguallas dialécticas, a todo cuanto le impide compren-

<sup>2</sup> Revista fundada en 1936 por George Bataille y Pierre Klossowski, entre otros, de gran influencia en la escena intelectual francesa pese a su corta vida, de apenas cuatro números.



der que, con el Imperio, *la negación procede de fuera*, que participa no como heterogeneidad *en relación a lo homogéneo* sino como heterogeneidad *en sí*, como heterogeneidad de las formas-de-vida *entre sí* con respecto a su diferencia. En otras palabras, el Partido Imaginario no puede, en modo alguno, individualizarse en tanto que sujeto, cuerpo, cosa o sustancia, ni siquiera como un conjunto de sujetos, cuerpos, cosas y sustancias, sino solamente como *manifestación* de todo esto. El Partido Imaginario no es sustancialmente un resto de la totalidad social, sino *el hecho* de ese resto, el hecho *de que exista* un resto, de que lo representado exceda siempre a su representación, de que eso sobre lo que se ejerce el poder se le escape de continuo. Ahí yace la dialéctica. Reciba nuestras condolencias.

No existe una «identidad revolucionaria». Con el Imperio lo que resulta revolucionario es, por el contrario, la no-identidad, el hecho de traicionar constantemente el predicado que se nos larga. Los «sujetos revolucionarios» sólo existen desde hace tiempo en opinión del *poder*. Convertirse en cualquiera, convertirse en imperceptibles, conspirar; eso significa diferenciar entre nuestra presencia y aquello que somos para la representación, a fin de participar en el juego. En la justa medida en que el Imperio se unifica, o que la nueva configuración de las hostilidades adquiere carácter objetivo, se produce la necesidad estratégica de saber lo que uno es para él, aunque considerarnos eso, un Black Bloc, un «Partido

Imaginario» u otra cosa, sería una equivocación. *Para el Imperio el Partido Imaginario no es sino la forma de la pura singularidad.* Desde el punto de vista de la representación la singularidad significa como tal la abstracción consumada, la identidad vacía del *hic et nunc*. De igual modo, desde el punto de vista de la homogeneidad, el Partido Imaginario será simplemente «lo heterogéneo», lo puramente irrepresentable. A riesgo de ponérselo en bandeja a la policía, debemos tener en cuenta que lo único que podemos hacer es *señalar al Partido Imaginario cuando acontece*, lo que significa: describirlo, identificarlo, localizarlo sobre un territorio o circunscribirlo como segmento de «la sociedad». El Partido Imaginario no es uno de los términos para expresar la contradicción social, sino el hecho *de que exista esa contradicción*, la irresoluble alteridad de lo determinado frente a la universalidad omnívora del Imperio. Y es sólo mediante el Imperio, *es decir, mediante la representación*, como el Partido Imaginario existe como tal, es decir, *en tanto que negación*. Obligar a investirse a quien le es hostil con el disfraz de lo «negativo», de la «sublevación» o de la «rebeldía» no es sino una táctica utilizada por el sistema representativo para atrapar con su plano de trascendencia, aun al precio del enfrentamiento, a una positividad que se le escapa. El error cardinal de cualquier intento de subversión recae desde ese momento en el fetichismo de la negatividad, en el hecho de considerar su poder de negación como su atributo más propio, cuando éste se demuestra precisamente el más tributario del Imperio y de su reconocimiento. Tanto la militancia como

la milicia encuentran aquí la única opción deseable: dejar de entender nuestra positividad, que constituye nuestra verdadera fuerza, que constituye todo aquello de lo que somos portadores, desde el punto de vista propio de la representación, es decir, como insignificante. Y ciertamente, para el Imperio, *toda determinación es una negación*.

También Foucault ofrecerá un aporte fundamental a la teoría del Partido Imaginario: sus entrevistas sobre el concepto de plebe. En un «Debate con los maos» de 1972 en torno a la «justicia popular» Foucault se refiere por primera vez al tema de la plebe. Criticando la práctica maoísta de los tribunales populares recuerda que todas las revueltas populares desde la Edad Media han sido revueltas *antijudiciales*, que la creación de tribunales del pueblo durante la Revolución francesa se corresponde precisamente con el momento de su recuperación por la burguesía y, por último, que la forma-tribunal, al reintroducir una instancia *neutra* entre el pueblo y sus enemigos, reintroduce en la lucha contra el Estado uno de los principios de éste. «Quien dice tribunal está diciendo que la lucha entre las fuerzas en liza queda, quiérase o no, en suspenso». La función de la justicia desde la Edad Media ha consistido, según Foucault, en separar a la plebe proletarizada, y por tanto integrada en forma de proletariado, incluso a partir de un modelo de exclusión, de la plebe no-proletarizada, de la plebe propiamente dicha. Apartando de la masa de los miserables a los «criminales»,

los «violentos», los «locos», los «vagabundos», los «desviados», los «gamberros», el «hampa», se separa al pueblo de su facción más peligrosa para el poder, la que estaba continuamente preparada para la acción sediciosa y armada, y además se prepara igualmente la posibilidad de volver contra el pueblo a sus elementos más ofensivos. No otro será el chantaje permanente del «o vas a la cárcel o al ejército», «o vas a la cárcel o te enviamos a las colonias», «o vas a la cárcel o te haces policía», etc. La labor del movimiento obrero para apartar eventualmente a los honestos trabajadores en huelga de los «provocadores», «vándalos» y demás «incontrolados» supone una prolongación de este modo de enfrentar a la plebe y el proletariado. Todavía hoy sigue funcionando la misma lógica para vigilar a la chusma: para neutralizar al Partido Imaginario volviendo a una de sus facciones contra las demás. Foucault se referirá explícitamente al concepto de plebe cuatro años más tarde en otra entrevista. «Sin duda no cabe entender la “plebe” como el permanente telón de fondo de la historia, como el objetivo último de todas las servidumbres, como el foco nunca completamente extinguido de todas las revueltas. No cabe duda de que la “plebe” carece de realidad sociológica. Pero siempre hay algo en el cuerpo social, en las clases, en los colectivos, en los propios individuos, que escapa en cierta medida a las relaciones de poder; algo que no es exactamente materia prima más o menos dócil o refractaria, sino movimiento centrífugo, energía inversa, huida. “La” plebe, qué duda cabe, no existe, pero existe “plebe”. Hay plebe en los cuerpos y en las

almas, en los individuos, en el proletariado y en la burguesía, con una variedad de formas, energías e irreductibilidades diferentes. Este segmento de la plebe no constituye tanto el margen de las relaciones de poder como su límite, su reverso, su negación; es eso que responde a cualquier avance del poder mediante un movimiento de liberación; es por tanto el motivo de cualquier nuevo despliegue de las redes de poder. [...] Adoptar este punto de vista de la plebe, que es el del reverso y el límite con respecto al poder, resulta por tanto indispensable si de lo que se trata es de analizar sus dispositivos».

**P**ero no es ni a un escritor ni a un filósofo francés a quien debemos la contribución más importante a la teoría del Partido Imaginario, sino a militantes de las Brigadas Rojas como Renato Curcio y Alberto Franceschini. En 1982 aparece como suplemento en *Corrispondenza internazionale* el breve volumen titulado *Gotas de sol en la ciudad de los espectros*<sup>3</sup>. Pese a que las discrepancias entre las Brigadas Rojas de Moretti y sus «dirigentes históricos» encarcelados acabaría convirtiéndose en guerra declarada, Franceschini y Curcio elaboraron el programa del efímero Partido-guerrilla, el tercer vástago surgido de la implosión de las BR, junto a la columna Walter Alasia y las BR-Partido Comunista Combatiente. Reconociendo

<sup>3</sup> Renato Curcio y Alberto Franceschini, *Gocce di sole nella città degli spettri*, Roma, Corrispondenza internazionale, 1982.

en la estela del Movimiento del 77 cuanto fue *dicho* sobre la revolución por la retórica convencional, versión Tercera Internacional, rompen con el paradigma clásico de la producción, extrayéndola de la fábrica, extendiéndola a esa Fábrica total metropolitana donde impera la producción semiótica, es decir, el paradigma *lingüístico* de la producción. «Pensado como un sistema totalizador (dividido en subsistemas o campos funcionales interdependientes y carentes de poder de decisión autónomo y de autorregulación), es decir, como un sistema corporativo-modular, la metrópolis informatizada se nos aparece como un vasto presidio apenas camuflado, dentro del cual cada sistema social y cada individuo se mueven por corredores rígidamente diferenciados y regulados por el conjunto. Un presidio devenido transparente por las redes informáticas que no dejan de vigilarlo incesantemente. En ese modelo el espacio-tiempo social metropolitano parece calcado del esquema de un universo previsible en equilibrio precario, sin la menor inquietud que afecte a su forzada tranquilidad, subdividido en compartimentos modulares dentro de los cuales cada operario trabaja encapsulado —como un pez rojo en su pequeña pecera— según un papel colectivo preciso. Universo regulado por unos dispositivos de retroacción selectivos y dirigidos a la neutralización de cada alteración del sistema de programación elegido por el ejecutivo. [...] En ese contexto de comunicación absurda e insostenible, en el que cada cual se encuentra desgraciadamente apresado como en el cepo de una conminación terminante y paradójica —¡para “hablar” debe

renunciar a “comunicar”, para “comunicar” debe renunciar a hablar!—, no sorprende que se afirmen estrategias comunicativas opuestas que nieguen los lenguajes autorizados por el poder; no sorprende que los significados producidos por los dominadores sean rechazados y combatidos mediante nuevas producciones descentradas. Producciones no autorizadas, ilegítimas, pero orgánicamente conectadas a la vida y que, por consiguiente, constelan y componen una red clandestina *underground* de resistencia y autodefensa contra la agresión informática de los incoherentes idiomas del Estado. [...] Aquí se sitúa la principal barricada que separa el territorio de la revolución social del de sus enemigos: ése acoge a los resistentes aislados y los flujos esquizo-metropolitanos en un espacio comunicativo contrario al que ha generado la devastación y la rebelión. [...] Para la ideología del control, un individuo de riesgo es ya sinónimo de “loco terrorista en potencia”, un fragmento de materia social con elevada probabilidad de explosión. De ahí que sean figuras acosadas, espiadas, fisgadas, a las que el gran ojo y el gran oído siguen con la discreción y continuidad infatigable propia del cazador. Figuras que, por la misma razón, se encuentran situadas en el centro de un intenso bombardeo semiótico e intimidatorio tendente a prestar apoyo a los jirones de la ideología oficial. [...] De este modo la metrópolis alcanza su cualidad específica de universo concentracionario que, para alejar de sí un antagonismo social incesantemente generado, integra y maneja a un tiempo los artificios de la seducción y los

fantasmas del miedo. Artífices y fantasmas que asumen la función central de sistema nervioso de la cultura dominante y que reconfiguran la metrópolis como un inmenso *lager* psiquiátrico —*la más total de las instituciones totales*—, laberíntica conexión de Barrios de Alta Seguridad, secciones de control continuo, jaulas de “locos”, contenedores para presos, reservas para esclavos voluntarios metropolitanos, zonas bunkerizadas para fetichistas dementes. [...] Ejercer la violencia contra los fetiches necrótrofos del Capital supone el más alto nivel de conciencia humana en la metrópolis, porque gracias a esta práctica social el proletariado elabora —apropiándose del proceso productivo vital— su saber y memoria, es decir, su fuerza social. [...] Producir mediante la transgresión revolucionaria la destrucción del viejo mundo y conseguir que broten de tal destrucción las sorprendentes y múltiples constelaciones de nuevas relaciones sociales son procesos simultáneos que, sin embargo, hablan lenguajes diferentes. [...] Los encargados de crear el imaginario convierten la vida real en algo delirante, absteniéndose de comunicarla; fabrican ángeles seductores y pequeños monstruos terroríficos con el fin de exhibirlos en miserables escenarios recurriendo a redes y circuitos transmisores de las alucinaciones autorizadas. [...] Abandonar la “localidad numerada”, salir a escena y destruir la representación fetichista es la opción ejecutada desde sus principios por la guerrilla metropolitana de la nueva comunicación. [...] En la complejidad del proceso revolucionario metropolitano el partido ya no puede aparecer



bajo una forma exclusiva o eminentemente política. [...] El partido ya no puede asumir una forma exclusivamente combatiente. El "poder de las armas" ya no evoca, como creen los militaristas, la fuerza absoluta, porque la fuerza absoluta viene dada por el saber-poder que reunifica las prácticas sociales. [...] Partido-guerrilla quiere decir: partido saber-partido poder. [...] El partido-guerrilla es el máximo agente de la invisibilidad y de la exteriorización del saber-poder del proletariado. [...] Eso significa que cuanto más invisible es el partido, manifestándose en relación a la contrarrevolución imperialista global, más visible resulta y mejor se inserta en el interior del proletariado, es decir, mayor comunicación tiene con el proletariado. [...] En esto, el partido-guerrilla es el partido de la comunicación social transgresora».



## ¡EL AUTONOMISMO VENCERÁ!

Y es por tal predisposición, en mucha mayor medida que por su violencia, por lo que los jóvenes del 77 resultan ahora incomprensibles para el movimiento obrero tradicional.

Paolo Virno, *Do you remember counterrevolution?*

**G**énova está tomada por las huestes enmascaradas de la policía; se crea un nuevo *squat*, los obreros de Cellatex amenazan con hacer saltar por los aires su fábrica, un barrio del extrarradio es recorrido por la agitación, se atacan las comisarías y los ejes de comunicaciones más cercanos, un final de manifestación desemboca en altercados, un campo de maíz transgénico es segado durante la noche. Sea cual sea el discurso, marxista-leninista, reivindicativo, islamista, anarquista, socialista, ecologista o radicalmente crítico, que acompaña a estas acciones, se trata de acciones del Partido Imaginario. Poco importa que los discursos sean calcados, desde la primera mayúscula hasta el punto final, de la cuadrícula significativa de la metafísica occidental: porque estos actos hablan para dar lugar a *otro lenguaje*.

Lo que para nosotros, desde luego, resulta esencial es que el acontecimiento en el marco gestual se redoble como acontecimiento en el marco lingüístico. Una conjunción como la que llevó a cabo el Autonomismo italiano<sup>1</sup> durante los años setenta. El Autonomismo no constituyó jamás *un* movimiento, pese a que se quiera denominarlo en aquella época «el Movimiento». El espacio del Autonomismo fue un plano de inmanencia donde confluían, se entrecruzaban, se agregaban y des/agregaban un alto número de devenires singulares. La unión de estos devenires bajo el término «Autonomismo» no es sino simple artificio signifiante, simple convención engañosa. El gran malentendido, aquí, es que la autonomía no era un atributo reivindicado por los sujetos —qué deslucida y democrática jugada hubiera supuesto si lo que se pretendía era reivindicar una autonomía en tanto que sujeto—, sino *por los devenires*. El Autonomismo dispone así de innumerables fechas de nacimiento, al no ser sino una sucesión de actas de nacimiento a la vez que otras tantas *actas de secesión*. Consiste, pues, en la autonomía de los obreros, en la autonomía de las bases en relación a los sindicatos, de unas bases que desde 1962, en Turín, asedian el territorio del moderado sindicato emplazado en Piazza Statuto. Pero consiste también en la autonomía de

<sup>1</sup> El importante movimiento autónomo italiano, autonomismo o autonomía, relacionado con el marxismo libertario y con algunas corrientes anarquistas, abogó desde principios de los sesenta por la democracia participativa y la lucha anticapitalista desde una continua adecuación a las realidades concretas de cada país y situación.

los obreros en relación a su *papel* de obrero: rechazo al trabajo, sabotaje, huelga salvaje, ausentismo, extrañamiento en cuanto a sus condiciones de explotación, en cuanto a la totalidad capitalista. Consiste en la autonomía de las mujeres: rechazo al trabajo doméstico, rechazo a reproducir silenciosa y sumisamente la fuerza de trabajo masculina, autoconciencia, toma de la palabra, sabotaje de los más hipócritas vínculos afectivos; autonomía, por tanto, de las mujeres en relación a su *papel* de mujer y en relación a la cultura patriarcal. Consiste en la autonomía de los jóvenes, los parados y los marginados que rechazan su papel de excluidos, que ya no quieren permanecer callados, que se autoinvitan a acceder a la escena política, que exigen un salario social garantizado, que configuran una relación militar de fuerza para que se les pague por no dar palo al agua. Pero consiste también en la autonomía de los militantes en relación a la *figura* del militante, en relación a los *partitini* y a la lógica de los grupúsculos, en relación a una concepción de la acción remitida siempre a un momento constantemente diferido. Contrariamente a eso que da a entender el sociologismo más chorra, siempre ávido de simplificaciones rentables, el hecho fundamental aquí no es la afirmación de los jóvenes, las mujeres, los parados o los homosexuales como «nuevos sujetos» políticos, sociales o productivos, sino su desobjetivación violenta, práctica, en acto, el rechazo y traición al papel que se les ofrece *en tanto que sujetos*. Lo que los distintos devenires del Autonomismo tienen en común es la reivindicación de un *movimiento de separación* en relación a la sociedad, en relación

a la totalidad. Secesión que no supone la afirmación de una diferencia estática, de una alteridad esencial, como una nueva casilla en el tablero de esas identidades cuya gestión garantiza el Imperio, sino *fuga*, línea de fuga. Separación se escribía por entonces *Separ/azione*.

Este movimiento de deserción interior, de sustracción brutal, de fuga incesantemente renovada, esta irreductibilidad crónica al mundo de la dominación, es lo más temido por el Imperio. «La única manera de construir nuestra cultura y de vivir nuestra vida, por lo que sabemos, pasa por ausentarse», anunciaba el fanzine mao-dadaísta *Zut* en su número de octubre de 1976. Que pasemos a mostrarnos ausentes ante sus provocaciones, indiferentes a sus valores, que dejemos sus estímulos sin respuesta, no otra es la constante pesadilla de la dominación cibernética: «Eso a lo que el poder responde mediante la criminalización de toda tendencia al extrañamiento y al rechazo del capital» (*Vogliamo tutto* 10, verano de 1976). Autonomismo significa por lo tanto: deserción, deserción de la familia, deserción de la oficina, deserción de la escuela y de cualquier tipo de tutela, deserción del papel de hombre, de mujer y de ciudadano, deserción de todas las relaciones de mierda en las cuales se nos cree presos, deserción constante. Lo fundamental, en cada nueva dirección que imprimimos a nuestro movimiento, es acrecentar nuestra fuerza, seguir siempre una línea de crecimiento de fuerzas, con el objetivo de adquirir mayor poder de

desterritorialización, con el objetivo de asegurarnos de que, pese al cerco que se nos hace, no nos detendremos demasiado pronto. Si seguimos este camino sólo hemos de temer a aquellos que más preciso se hace *traicionar*, a todos aquellos que nos acechan, rastrean, vigilan de lejos, pensando en capitalizar de un modo u otro el gasto energético de nuestra fuga: todos los administradores, todos los maniacos de la reterritorialización. En el lado del Imperio, por supuesto, están los embaucadores de moda que proliferan sobre los cadáveres de nuestras invenciones, los capitalistas *cool* y otros siniestros crápulas. Pero también están en nuestro lado. En la Italia de los años setenta eran los operaístas<sup>2</sup>, los grandes unificadores del Autonomismo Organizado, que consiguieron «burocratizar el propio concepto de “autonomía”» (*Neg/azione*, 1976). Eran los mismos que han intentado siempre convertir nuestros movimientos en un movimiento, para poder hablar enseguida en su nombre y entregarse a su juego favorito: la ventriloquia política. En los años sesenta y setenta la labor de los operaístas fue, pues, reconciliar en los términos y maneras del movimiento obrero aquello que por doquier lo superaba. Partiendo del extrañamiento ético frente al trabajo, expresado en masa por los obreros recién llegados del sur de Italia, eran los teóricos, en contra de los sindicatos

<sup>2</sup>El operaísmo fue un movimiento desarrollado por grupos como Potere Operario y Lotta Continua o publicaciones como *Quaderni Rossi* o *Classe Operaia* (fundada por Antonio Negri y Michael Hardt). Su praxis se centró inicialmente en la organización y lucha en las fábricas, para proponer más tarde el concepto de «fábrica social», referido a las condiciones aplicadas por el capitalismo a la totalidad de la vida.

y los burócratas del movimiento obrero clásico, de una *autonomía obrera* de la cual esperaban convertirse espontáneamente en meta-burócratas; y eso sin haber tenido que ascender los escalones jerárquicos propios de los sindicatos clásicos: todo un meta-sindicalismo. De ahí el tratamiento reservado a los elementos más plebeyos de la clase obrera, su negativa a dejar que los obreros se convirtieran en *algo más* que obreros, su ceguera ante el hecho de que la autonomía que por entonces se afirmaba no era una autonomía *obrero*, sino más bien una autonomía *en relación* a la identidad de obrero. Tratamiento que harían padecer a continuación a las «mujeres», a los «parados», a los «jóvenes» y a los «marginados», en resumen: a los «autónomos». Incapaces de la menor complicidad consigo mismos ni con nadie, intentarían desesperadamente elaborar un plano de inmanencia, el espacio del Autonomismo, una organización, en lo posible de carácter combativo, que los convirtiera en interlocutores últimos de un poder acorralado. A un teórico operaísta, Asor Rosa, debemos desde luego la más notable y popular tergiversación del Movimiento del 77: la teoría conocida como «de las dos sociedades». Según Asor Rosa, se estaba asistiendo en aquel momento al choque de dos modelos de sociedad, el de los trabajadores asegurados por un lado y el de los no-asegurados por otro (jóvenes, precarios, parados, marginados, etc.). Esta teoría tiene el mérito de romper con lo que todos los socialismos, y por tanto todas las izquierdas, intentan mantener incluso llegando a amenazar con una escabechina si es necesario —es decir, la ficción de una unidad final



de la sociedad—, pero escamotea dos cosas: 1/ que la «primera sociedad» ya no existe, al haberse iniciado un proceso de implosión continua, y 2/ que eso que se recompone como tejido ético en contraposición a tal implosión, el Partido Imaginario, no es de ningún modo *uno*, o en todo caso no es en modo alguno unificable según una nueva totalidad concebible: la segunda sociedad. En el momento actual, esta operación la está reproduciendo exactamente Negri, quien designa atávicamente con la palabra *multitud*, en singular, algo cuya esencia consiste, según sus propias declaraciones, en ser multiplicidad. Semejantes trampas teóricas, verdaderamente lamentables, están a la altura del fin que persiguen: unificar *espectacularmente* en un sujeto eso que después podrá presentarse como intelectualidad orgánica.

Para los operaístas, *autonomía* implicaba la constitución de otra forma de autonomía de clase, autonomía *de un nuevo sujeto social*. A lo largo de veinte años, este axioma operaísta funcionó gracias al apoyo de un oportuno concepto, el de *composición de clase*. Al albur de las circunstancias y de los más miopes cálculos políticos, el término «composición de clase» se mezcló con determinadas categorías sociológicas de nueva creación, sirviendo para alimentar el argumentario del último cambio de chaqueta. Cuando los obreros se cansen de luchar se decretará la muerte del «obrero-masa» y su sustitución, en el papel de nuevo sublevado global, por el «obrero social», es de-

cir, por lo primero que se les ocurra. Al final acabarán por verse virtudes revolucionarias en Benetton, en el pequeño empresariado berlusconiano del Nordeste italiano (cf. *Des entreprises pas comme les autres*<sup>3</sup>) e incluso, si hace falta, en la Liga Norte.

A lo largo del mayo rastrero, el autonomismo no fue sino un movimiento irreprimible de huida, un *staccato* de rupturas, en especial de rupturas con el movimiento obrero. Incluso Negri lo reconoce: «La áspera polémica mantenida en el 68 por el movimiento revolucionario y el movimiento obrero oficial lleva en el 77 a una ruptura irreversible», escribe en *L'orda d'oro*. El operaísmo, como conciencia rezagada *en tanto que vanguardista del Movimiento*, no dejaría de reabsorber esa ruptura, de interpretarla en términos de movimiento obrero. Lo que está en juego con el operaísmo, así como con las prácticas de las BR, no es tanto el ataque al capitalismo como una competición con la dirección del más poderoso partido comunista occidental, el PCI; competición cuyo premio pasa por un envidiado poder SOBRE los obreros. «Sólo podía hablarse de política recurriendo al leninismo. Pese a no entenderse de modo diferente el concepto de composición de clase, uno se encontraba en la situación en que se encuentran muchos innovadores: la de explicar lo nuevo recurriendo

<sup>3</sup> M. Lazzarato, Y. Moulier-Boutang, A. Negri y G. Santilli, *Des entreprises pas comme les autres. Benetton en Italie, le Sentier à Paris, Aix-en-Provence*, Publisud, 1993.

al viejo lenguaje», se quejaba Negri en una entrevista en 1980. La *falsa conciencia* del movimiento obrero aumentaría, así, arropada por el marxismo ortodoxo, a la sombra de una fidelidad retórica. Algunas voces, como las de Gatti Selvaggi<sup>4</sup>, se alzaron por supuesto en contra de semejante jugarreta: «Nos oponemos al “mito” de la clase obrera porque resulta perjudicial, y en primer lugar para sí misma. Tanto el operaísmo como el populismo persiguen el objetivo milenario de utilizar a las “masas” como peones en los sucios juegos del poder» (n.º 1, diciembre de 1974). Pero la superchería era demasiado enorme para no funcionar. Y, de hecho, sigue funcionando.

Visto el provincialismo innato de las protestas en Francia, la evocación de lo que sucediera treinta años atrás en Italia no reviste carácter de anécdota histórica, más bien al contrario: los problemas a los que se enfrentaron entonces los autonomistas italianos, nosotros *ni siquiera nos los hemos planteado todavía*. En esas condiciones, el paso de la lucha en los lugares de trabajo a la lucha sobre el terreno, la recomposición de un tejido ético sobre la base de la separación, la cuestión de la reappropriación de las formas de vida, de lucha y de comunicación, conforman un horizonte inalcanzable en tanto no se

<sup>4</sup> Revista creada en 1973 por militantes de diferentes formaciones de izquierda que analizaba las nuevas formas de lucha, al tiempo que ponía en cuestión los viejos modelos sindicales.

admita la previa condición existencial de la *separ/azione*. *Separ/azione* significa: no tenemos la menor relación con ese mundo. No tenemos nada que decirle, nada que darle a entender. No tenemos ninguna necesidad de que nuestras acciones de destrucción, de sabotaje, vayan seguidas de alguna explicación debidamente refrendada por la Razón humana. No actuamos en pos de un mundo mejor, alternativo, venidero, sino en pos de eso que estamos viviendo ya en este momento, en pos de la irreconciliabilidad radical del Imperio y de tal experimentación, de la cual forma parte la guerra. Y cuando ante esa crítica global la gente razonable, los legisladores, los tecnócratas y los gobernantes pregunten: «Pero ¿entonces qué queréis?», nuestra respuesta será: «No somos ciudadanos. Jamás adoptaremos vuestro punto de vista sobre la totalidad, vuestro punto de vista sobre *la gestión*. Nos negamos a participar en el juego, eso es todo. No es cosa nuestra decidir con qué salsa queremos ser devorados». La causa principal de nuestra parálisis, eso con lo que debemos romper, es la utopía de la comunidad humana, la perspectiva de una reconciliación final y universal. Incluso Negri, en los tiempos de *Dominio y sabotaje*<sup>5</sup>, dio ese paso, ese paso al margen del socialismo: «No entiendo la historia de la conciencia de clase al modo de Lukács, como destino de una recomposición absoluta, sino, por el contrario, como momento de enraizamiento

<sup>5</sup> Toni Negri, *Il dominio e il sabotaggio: sul metodo marxista della trasformazione sociale*, Milán, Feltrinelli, 1978. Trad. cast.: *Dominio y sabotaje. Sobre el método marxista de transformación social*, Barcelona, El Viejo Topo, 1979.

intensivo en mi propia separación. Yo soy *otro*, otro es el movimiento de praxis colectiva en el cual me inserto. Eso en lo que participo es *otro movimiento obrero*. Por supuesto, sé que este discurso puede levantar ampollas desde el punto de vista de la tradición marxista. Tengo la impresión, en lo que a mí respecta, de mantenerme en el extremo del límite significativo de un discurso político de clase. [...] Debo, por tanto, asumir la diferencia radical como condición metódica del progreso de la subversión, del proyecto de autovalorización proletaria. ¿Y mi relación con la totalidad histórica? ¿Con la totalidad del sistema? Topamos ahora con la segunda consecuencia de esta afirmación: mi *relación con la totalidad* del progreso capitalista, con la totalidad del progreso histórico, está garantizada únicamente por la *fuerza de desestructuración* que el movimiento determina, por el *sabotaje* total de la historia del capital que el movimiento lleva a cabo. [...] Me defino al separarme de la totalidad, y defino la totalidad como algo diferente a mí, como red que se extiende sobre la continuidad del sabotaje histórico que la clase lleva a cabo». Naturalmente, no hay «otro movimiento obrero» como no hay «segunda sociedad». Lo que hay, a cambio, son los refinados devenires del Partido Imaginario, y su autonomía.



## VIVIR-Y-LUCHAR

En este mundo las cosas flexibles dominan a las sólidas.

Lao Tse, *Tao Te King*

La primera campaña ofensiva contra el Imperio fracasó. El ataque de la RAF contra el «sistema imperialista», el ataque de las BR contra el SIM (Stato Imperialista delle Multinazionali) y tantas otras acciones de guerrilla han sido fácilmente neutralizadas. El fracaso no es tanto el de unas organizaciones combatientes concretas, el de determinado «sujeto revolucionario», sino el fracaso de una concepción bélica; de *una concepción bélica* que no podía reanudarse al margen de esas organizaciones, *porque por sí misma consistía ya en una reanudación*. A excepción de algunos textos de la RAF o del Movimiento del 2 de junio, todavía hoy contamos con muy pocos documentos, producto de la «lucha armada», que no estén redactados con lenguaje forzado, rígido y tópico, que no acaben sonando de un modo u otro como una Tercera Internacional bastante *kitsch*. Como si de lo que se tratara fuera de disuadir a cualquiera de incorporarse.

**E**s ahora, tras tantos años de contrarrevolución, cuando se inicia el segundo acto de la lucha antiimperial. Durante ese intervalo el hundimiento del bloque socialista y la transformación social-demócrata de los últimos restos del movimiento obrero ha liberado definitivamente a nuestro partido de todo aquello que aún pudiera demostrar alguna inclinación socialista. De hecho, la caducidad de las antiguas concepciones de la lucha se manifestó en un primer momento en la propia desaparición de ésta. Y después con el «movimiento antiglobalización», parodia a escala superior de las antiguas prácticas militantes. La vuelta a la guerra exige una nueva concepción de la misma. *Debemos inventar una forma de guerra tal que el fracaso del Imperio ya no consista en verse obligado a matarnos, sino a sabernos vivos, cada vez más VIVOS.*

**F**undamentalmente, nuestro punto de partida no es demasiado diferente al de la RAF, cuando el grupo constataba: «El sistema ha acaparado la totalidad del tiempo libre del ser humano. A la explotación física en la fábrica se añade ahora la explotación de los pensamientos y sentimientos, de las aspiraciones y utopías por los medios de comunicación y el consumo de masas. [...] En las metrópolis, el sistema ha conseguido sumergir a las masas tan profundamente en su propia mierda que éstas, aparentemente, han perdido la percepción de sí mismas en tanto



que explotadas y oprimidas; hasta tal punto que para ellas el coche, un seguro de vida o un contrato de ahorro-vivienda les llevan a aceptar cualquier crimen del sistema y que, aparte del coche, las vacaciones o el cuarto de baño, no puedan imaginarse ni esperar nada más». Lo característico del Imperio es extender su frente colonizador a la totalidad de la existencia y de lo existente. No se trata sólo de que el Capital haya incrementado su base humana, sino de que ha profundizado también en el anclaje de sus mecanismos. Y aún más, desde la base de la desintegración final tanto de la sociedad como de sus sujetos, el Imperio se propone ahora configurar por sí solo un tejido ético; es de eso de lo que la gente *cool*, con sus barrios, sus revistas, sus códigos, su papeo y sus ideas perfectamente articuladas son al mismo tiempo cobayas y vanguardia. Y es en virtud de eso, desde el East Village a Oberkampf pasando por Prenzlauer Berg, como el fenómeno *cool* ha alcanzado envergadura mundial.

**L**a guerra contra el Imperio debe llevarse ahora a un terreno *total*, el terreno ético de las formas-de-vida. Esta guerra es una guerra de aniquilación. El Imperio, contrariamente a lo que creían las BR, para las cuales lo que estaba en juego con el secuestro de Moro era el reconocimiento explícito por parte del Estado de la opción armada, no es el enemigo. El Imperio no es sino el *contexto hostil* que se opone punto por punto a nuestros avances. Estamos comprometidos con una lucha don-

de entra en juego la recomposición del tejido ético. Esto puede tener una lectura territorial, a partir del proceso de *coolificación* progresiva de los espacios antiguamente al margen, a partir del ininterrumpido aumento de las cadenas de dispositivos. Aquí la concepción clásica, abstracta, de una guerra que culminaría con un enfrentamiento total, donde alcanzaría finalmente su esencia, está obsoleta. La guerra ya no puede entenderse como momento aislado de nuestra existencia, el de la confrontación última; a partir de ahora *nuestra propia existencia, en todos sus aspectos, ha pasado a ser una guerra*. Eso significa que el primer movimiento en esta guerra ha de pasar por la *reapropiación*. Reapropiación de los medios de vivir-y-luchar. Reapropiación, pues, de los espacios: el *squat*, ocupación o puesta en común de los espacios privados. Reapropiación de lo comunitario: constitución de lenguajes, de sintaxis, de medios de comunicación, de una cultura autónoma —que arrebate la transmisión de la experiencia de las manos del Estado—. Reapropiación de la violencia: comunitarización de las técnicas de combate, creación de fuerzas de autodefensa, dotación de armamento. En fin, reapropiación de las formas de supervivencia elementales: difusión de saberes-poderes médicos, de técnicas de robo y expropiación, organización progresiva de una red autónoma de abastecimiento.

El Imperio está bien armado para luchar contra los dos tipos de separación que conocía: la separación «por

arriba» de los *golden ghettos* —la separación, por ejemplo, de la economía mundial en relación a la «economía real» o de la hiperburguesía imperial en relación al resto del tejido biopolítico—, y la separación «por abajo» de las «zonas sin derechos» —de ciudades, suburbios y chabolas—. Le basta, cada vez que una u otra amenaza su equilibrio metaestable, con enfrentarlas entre sí: la contemporaneidad civilizada de la gente *cool* contra la barbarie retrógrada de los miserables o las exigencias de cohesión social e igualdad contra el egoísmo incorregible de los ricos. «Se trata de inyectar coherencia política a una entidad social y espacial a fin de evitar el menor riesgo de separación por parte de territorios habitados, ya sea por los excluidos de las redes socio-económicas o por los triunfadores de la dinámica económica mundial. [...] Evitar cualquier forma de separación significa encontrar formas de conciliación de las exigencias de esta nueva clase social y las de los excluidos de las redes económicas, cuya concentración espacial es tal que induce a comportamientos inapropiados», como teorizan ya los consejeros del Imperio —en este caso, Cynthia Ghorra-Gobin en *Les États-Unis entre local et mondial*—. Además, el Imperio se demuestra impotente a la hora de impedir el éxodo, el tipo de separación que estamos diseñando, en la medida exacta en que su territorio no es sólo físico sino *total*. Compartir una técnica, cierto giro expresivo, cierta configuración del espacio, bastan para activar nuestro plano de inmanencia. Nuestra fuerza reside en eso: en un tipo de separación que no pueden registrar los mapas del Imperio,

pues no consiste en una separación por arriba ni por abajo, sino *por en medio*.

De lo que estamos hablando aquí es simplemente de la creación de *máquinas de guerra*. Por *máquina de guerra* cabe entender cierta coincidencia de vida y lucha, coincidencia que no se produce nunca sin exigir al mismo tiempo su construcción. Pues cada vez que uno de estos términos aparece en cierto modo separado del otro la máquina de guerra degenera, descarrila. Si el momento del vivir se unilateraliza se convierte en *ghetto*. De lo cual ofrecen inmejorable testimonio las siniestras ciénagas de lo «alternativo», cuya vocación se demuestra sin ambigüedades en su labor de mercantilización de lo Mismo con el envoltorio de lo diferente. El gran número de centros sociales ocupados en Alemania, Italia o España demuestra claramente que la aparente exterioridad del Imperio puede constituir un triunfo precioso de la valorización capitalista. «El ghetto, la apología de la “diferencia”, el privilegio concedido a los aspectos más introspectivos y morales, la tendencia a constituirse como sociedad separada renunciando al asalto de la máquina capitalista o la “fábrica social”, ¿no sería todo eso resultado de las “teorías” aproximativas y rapsódicas de Valcarengi y sus compinches?»<sup>1</sup> ¿Y no es extraño que nos tachen de “subcultura” precisamente ahora que se

<sup>1</sup> Andrea Valcarengi fue el director de la publicación contracultural *Re Nudo*, fundada en Milán en 1970.

cuestiona toda la mierda floral y no-violenta de la que se acompañaban?», escribían ya los autonomistas de *Senza tregua* en 1976. Por el contrario, si lo que se hipostasia es el segmento de lucha, la máquina de guerra degenera en *ejército*. Todos los grupos militantes, todas las comunidades terribles<sup>2</sup>, son máquinas de guerra que han sobrevivido bajo esa forma petrificada a su propia extinción. Tal exceso de la máquina de guerra en relación a sus acciones de guerra se apuntaba ya en la introducción de la recopilación de textos sobre Autonomismo publicada en 1977 con el título *Le Droit à la haine*: «Al elaborar la cronología de este sujeto híbrido, y en muchos aspectos contradictorio, que ha venido a materializarse en el *área* del Autonomismo me he visto obligado a realizar un proceso de reducción del movimiento a mero conjunto de acontecimientos, pese a que la realidad de su devenir-máquina de guerra se afirma únicamente por la transformación que el sujeto efectúa de modo concéntrico *alrededor* de cada momento de enfrentamiento efectivo».

**L**a máquina de guerra existe sólo en movimiento, aunque sea a trompicones, aunque sea de manera imperceptible, en movimiento a partir de su tendencia a

<sup>2</sup> Según se dice en *Thèses sur la communauté terrible*, artículo aparecido en *Tiqqun* 2, «la comunidad terrible es la única forma de comunidad compatible con este mundo, con el Bloom. [...] Emergen con las luchas, por tanto son heterotopías, zonas de opacidad carentes de cualquier cartografía, perpetuamente en trance de constituirse y perpetuamente en trance de desaparición».

aumentar de potencia. Ese movimiento garantiza que las relaciones de fuerza que la recorren no se solidifiquen nunca en relaciones de poder. Nuestra guerra puede resultar victoriosa, es decir, prosiguiendo, acrecentando nuestra potencia, a condición de subordinar siempre la confrontación a nuestra positividad. *No golpear jamás por encima de su positividad*, tal es el principio básico de toda máquina de guerra. Cada espacio conquistado al Imperio, al ambiente hostil, debe corresponderse con nuestra capacidad de utilizarlo, de reconfigurarlo, de habitarlo. Nada peor que una victoria con la que no se sabe qué hacer. Así pues, nuestra guerra será esencialmente silenciosa; se servirá de rodeos, huirá del enfrentamiento directo, apenas se realizarán proclamas. De esta forma impondrá su propia temporalidad. En cuanto comencemos a ser identificados tocaremos a retirada, sin dejar jamás que nos atrapen las fuerzas represivas para reconfigurarnos en el lugar más insospechado. ¿Qué puede importarnos este o aquel espacio desde el momento en que todo ataque local se ha convertido —y no otra es la auténtica enseñanza válida de la farsa zapatista— en un ataque contra el Imperio? Lo único importante es: no perder jamás la iniciativa, no dejarse imponer una temporalidad hostil. Y sobre todo: no olvidar jamás que nuestra fuerza de ataque está ligada a nuestro nivel de armamento sólo en virtud de la positividad que nos constituye.

## EL INFORTUNIO DEL GUERRERO CIVILIZADO

Me mantengo alejado de quienes esperan que el azar, el sueño, el tumulto, les dé oportunidad de escapar a sus insuficiencias. Me recuerdan demasiado a quienes antaño creían que era cosa de Dios la tarea de salvar sus existencias truncadas.

Georges Bataille

Habitualmente se admite que el Movimiento del 77 se desmoronó al revelarse incapaz, en especial con ocasión de los encuentros de Bolonia, de establecer una mayor relación con su potencia ofensiva, con su «violencia». Toda la estrategia imperial en su lucha contra la subversión se reduce, como no deja de verificarse una y otra vez, a separar a la población de sus elementos más «violentos» —«vándalos», «incontrolados», «autonomistas», «terroristas», etc.—. Contra esa visión policial del mundo es preciso afirmar que no existe el *problema* de la lucha armada como tal: ninguna forma coherente de lucha ha podido llevarse jamás a cabo sin armas. La lucha armada se presenta como problema únicamente para el que pretende mantener su monopolio sobre el armamento legal: el Estado. Lo que en todo caso surge, efectivamente, es la cuestión del *uso* de las armas. En marzo de 1977

unas cien mil personas se manifestaron en Roma, de las cuales diez mil iban armadas, y al final de una jornada de enfrentamientos ningún policía quedó tendido en el suelo cuando hubiera resultado muy fácil que se produjera una matanza, lo cual ayuda a entender algo mejor la diferencia existente entre armarse y usar las armas. Ir armado supone un elemento propio de la relación de fuerzas, supone la negativa a seguir abyectamente a merced de la policía, supone un modo de arrogarnos una legítima impunidad. Aclarado esto, queda por ver la cuestión de la relación con la violencia, relación cuya carencia de análisis perjudica enormemente el avance de la subversión antiimperial.

Toda máquina de guerra es por naturaleza una sociedad, una sociedad sin Estado; pero con el Imperio, y a causa de su situación de emergencia, viene a añadirse otro elemento. Se trata de una sociedad de un género particular: de una sociedad de *guerreros*. Si cada existencia consiste esencialmente en una guerra y sabe cuando ha llegado el momento de tomar parte en el enfrentamiento, una minoría de seres debe tomarse la guerra como objeto *exclusivo* de su existencia. Son *los guerreros*. Desde ese momento la máquina de guerra habrá de defenderse no sólo de los ataques hostiles, sino también de la amenaza de que su minoría guerrera se escinda de ella, de que se constituya como casta, como clase dominante, de que forme un embrión de Estado y, transformando los medios ofensivos



de que dispone en medios de opresión, se haga con el poder. Establecer una mayor relación con la violencia significa únicamente, para nosotros, establecer una mayor relación con la minoría guerrera. Curiosamente, en un texto de 1977, el último de Clastres<sup>1</sup>, *El infortunio del guerrero salvaje*, aparece esbozada por primera vez tal relación. Seguramente era necesario que acabara la propaganda sobre la virilidad clásica para que tal empresa pudiera realizarse.

Contrariamente a eso que se nos ha dicho, el guerrero no es una representación de la plenitud, o al menos no de una plenitud viril. El guerrero es representación de una amputación. El guerrero es ese ser que sólo accede a la sensación de estar vivo a través del combate, a través del enfrentamiento con el Otro; un ser que no consigue procurarse por sí mismo esa sensación de estar vivo. No hay nada más triste, en el fondo, que el espectáculo de esta forma-de-vida que, constantemente, espera del cuerpo-a-cuerpo la solución a su carencia de sí mismo. Pero tampoco nada más emocionante; porque esa carencia de sí mismo no revela una simple carencia, una falta de intimidad consigo mismo, sino por el contrario una positividad. El guerrero se ve completamente impulsado por un deseo, e incluso por un deseo exclusivo: su desaparición.

<sup>1</sup> Pierre Clastres, «Le Malheur du guerrier sauvage», en *Recherches d'anthropologie politique*, París, Seuil, 1980.

El guerrero quiere dejar de ser, pero que esa desaparición tenga cierto estilo. Quiere *humanizar* su vocación de muerte. Por eso no logra nunca mezclarse verdaderamente con los demás hombres, porque éstos se mantienen naturalmente al margen de su trayecto hacia la Nada. En su confesa admiración por el guerrero se mide la distancia que ponen entre ellos y él. El guerrero aparece así condenado a la soledad. Por esa razón la mayor insatisfacción se adueña de él, al no conseguir pertenecer a ninguna comunidad salvo a una falsa comunidad, la comunidad *terrible* de los guerreros, que tan sólo pueden compartir su soledad. El prestigio, el reconocimiento y la gloria son no tanto cosas privativas del guerrero como las únicas formas de relación compatibles con esa soledad. Su salvación y su condena están igualmente incluidas.

El guerrero es una representación de la inquietud y de la devastación. A fuerza de no ser *ahí*, de no ser más que para-la-muerte, su inmanencia se ha hecho miserable y lo sabe. Pues nunca ha acabado de amoldarse al mundo. Por eso no se siente vinculado a él; sólo aguarda el fin. Pero se descubre también una ternura, incluso una delicadeza en el guerrero, la que le aporta ese silencio, esa semi-presencia. Si no se revela, muy a menudo no puede sino arrastrar a quienes le rodean en su carrera hacia el abismo. Es así como ama el guerrero: salvaguardando a los otros de la muerte que porta en su interior. En compañía de otros hombres el guerrero opta, pues,

muchas veces, por la soledad. Y eso por benevolencia más que por hastío. O bien, irá a unirse a la manada enlutada constituida por los guerreros, los cuales no dejan de verse los unos a los otros dirigirse hacia la muerte. Pues no otra es su inclinación.

**E**n cierto sentido, la propia sociedad no puede sino desconfiar del guerrero. No lo excluye, pero tampoco lo incluye verdaderamente; lo excluye a partir de su inclusión y lo incluye a partir de su exclusión. El terreno donde se entienden es el del *reconocimiento*. Gracias al prestigio que le reconoce la sociedad puede mantener al guerrero a distancia, gracias al prestigio puede sujetarlo y demostrarle su condena. Como señala Clastres, «a cada acción armada que se emprende, el guerrero y la sociedad emiten el mismo juicio: “De acuerdo, pero puedo hacer más, acrecentar mi gloria”, dice el guerrero. “De acuerdo, pero debes hacer más, obtener de nosotros el reconocimiento de un mayor prestigio”, dice la sociedad. Dicho de otro modo, tanto por su propia personalidad (la gloria ante todo) como por su dependencia absoluta en relación a la tribu (¿qué otra instancia podría concederle la gloria?), el guerrero se encuentra, *volens nolens*, prisionero de una lógica que le lleva implacablemente a querer llevar a cabo siempre una acción más, a falta de la cual la sociedad perdería enseguida el recuerdo de sus hazañas pasadas y de la gloria que éstas le procuraron. El guerrero no existe más que para la guerra, y como tal está consagrado

a esta actividad», y por lo tanto, en breve plazo, a la muerte. Si el guerrero está también dominado, alienado por la sociedad, «la existencia en cualquier sociedad de un grupo organizado de guerreros “profesionales” tiende a transformar el *estado de guerra permanente* (situación general de las sociedades primitivas) en *guerra efectiva permanente* (situación particular de las sociedades guerreras). Ahora bien, tal transformación conllevaría, llevada al límite, consecuencias sociológicas considerables, capaces de afectar a la estructura misma de la sociedad al alterar su esencia indivisible. El poder de decisión en cuanto a la guerra y en cuanto a la paz (poder absolutamente fundamental) ya no pertenecería, en efecto, a la sociedad en tanto que tal, sino más bien a la hermandad guerrera, que pondría sus intereses privados por encima de los intereses colectivos de la sociedad, y que convertiría su punto de vista particular en el punto de vista general de la tribu. [...] Inicialmente constituido como grupo de adquisición de *prestigio*, la comunidad guerrera se transformaría enseguida en grupo de *presión* dirigido a que la sociedad acepte la intensificación de la guerra».

**L**a contra-sociedad subversiva *debe, debemos*, conceder a cada guerrero, a cada organización combatiente, el prestigio ligado a sus hazañas. *Debemos* admirar el coraje de determinada acción armada, la perfección técnica de determinada proeza, de un secuestro, de un atentado, de cualquier acción armada coronada por el éxito. *Debemos* apre-

ciar la audacia de determinado ataque a una prisión emprendido para liberar a algunos camaradas. Debemos hacerlo, precisamente, para prevenirnos de los guerreros, *para consagrarlos a la muerte*. «Tal es el mecanismo de defensa que la sociedad primitiva pone en funcionamiento a fin de evitar la amenaza de la que es portador, como tal, el guerrero: la existencia indivisible del cuerpo social a cambio de la muerte del guerrero. En este punto nos remitimos al texto de la ley tribal: la sociedad primitiva es, en esencia, *sociedad-para-la-guerra*; y al mismo tiempo, y por las mismas razones, *sociedad contra el guerrero*». Nuestro duelo por él será sincero.

La relación del Movimiento italiano con su minoría armada a lo largo de los años setenta estuvo cargada de esa ambivalencia. La configuración de ésta como poder militar independiente no dejó nunca de temerse. Y es precisamente eso lo que el Estado, con su «estrategia de la tensión», pretende. Al elevar artificialmente el nivel militar del enfrentamiento, al criminalizar la protesta política, al obligar a los miembros de las organizaciones combatientes a una clandestinidad total, quiere separarlos del Movimiento, y actuando así los convierte en odiados por los suyos, del mismo modo que se odia el Estado. De lo que se trata es de liquidar el Movimiento en tanto que máquina de guerra, obligándolo a emprender la guerra contra el Estado como objetivo *exclusivo*. La consigna de Berlinguer, secretario general del PCI en 1978, «o con el Estado

o con las BR» —lo que significa antes que nada «o con el Estado italiano o con el Estado brigadista»—, resume el *dispositivo* con el cual el Imperio atrapó al Movimiento; y que en el presente está exhumando para combatir el retorno de la lucha anticapitalista.

## ¡GUERRILLA BORROSA!

¿Pero cuántos sois? Quiero decir... nosotros, el grupo. No lo sabemos. Un día somos dos, otro veinte. Y a veces somos cien mil.

Cesare Battisti, *L'ultimo sparo*

**E**n la Italia de los años setenta coexisten dos estrategias subversivas: la de las organizaciones combatientes y la del Autonomismo. La división es esquemática. Por ejemplo, resulta evidente que ya sólo en el caso de las BR sería posible diferenciar entre las «primeras BR», las de Curcio y Franceschini, «invisibles para el poder pero accesibles para el movimiento», implantadas en las fábricas donde hacen callar a los jefecillos, donde disparan a las piernas de los esquirols, queman sus coches, secuestran a los dirigentes, y que aspiran a ser, en sus propias palabras, «la parte más relevante del movimiento»; y las de Moretti, claramente estalinistas, inmersas en una total clandestinidad, profesionalizadas y que, convertidas en invisibles tanto para el Movimiento como para sí mismas, llevan «la lucha contra el Estado» a la escena abstracta de la política clásica, acabando también, al igual que ésta,

por alejarse de todo contexto ético. De este modo, podría sostenerse que la más célebre acción de las BR, el secuestro de Moro, su detención en una «cárcel del pueblo» donde fue juzgado por la «justicia proletaria», imita con demasiada precisión los procedimientos habituales del Estado para no descubrir que estas BR degeneradas, militarizadas, habían perdido el vínculo consigo mismas, con las primeras BR. Si se olvidan estas posibles argucias se descubre un axioma estratégico común a las BR, a la RAF, a los NAP, a Prima Linea (PL) y, de hecho, a todas las organizaciones combatientes: el de enfrentarse al Imperio *en tanto que sujeto*, colectivo y revolucionario. Ello implica no sólo *reivindicar* las acciones de guerra, sino, sobre todo, reducir a largo plazo sus efectivos, sumergirlos en la clandestinidad y sustraerlos del tejido ético del Movimiento, de su vida en tanto que máquina de guerra. Un antiguo militante de PL ofreció en 1980, entre algunas inaceptables llamadas a la rendición, ciertas observaciones dignas de atención: «Durante el Movimiento del 77 las BR no entendieron en absoluto lo que estaba sucediendo. Ellos que, desde hacía años, venían realizando una labor subterránea veían de repente cómo millares de jóvenes estaban adoptando otras posturas. Prima Linea, por su parte, tuvo influencias del Movimiento, pero paradójicamente sólo estaban las BR para hacerse cargo de los restos de éste cuando llegó a su fin. De hecho, las organizaciones armadas nunca fueron capaces de colaborar con los movimientos preexistentes. Se limitaron a crear una especie de mecanismo alternativo, de infiltración silenciosa y,



más tarde, de crítica virulenta. Y cuando el movimiento desapareció acogieron a sus desilusionados dirigentes y los lanzaron al ruedo de la política. [...] Eso es válido especialmente para la época posterior al caso Moro. Anteriormente la organización había estado, por el contrario, animada por el espíritu transgresor, un tanto irracional, del Movimiento del 77. No éramos seductores en absoluto, pues «la subversión» debía tener una presencia borrosa. Después, poco a poco, bajo la influencia de las BR, las cosas cambiaron. Ellos sentían un amor confeso, una verdadera pasión por Renato Curcio y Margherita Cagol. [...] La milicia implica cierta concepción de la militancia, según la cual la propia vida pasa a organizarse como en un regimiento. La similitud con el servicio militar me resultaba sorprendente, esa camaradería formal bañada en un optimismo confiado al tiempo que se mantenía cierta forma de competición: con aquellos que montaban las mejores huelgas y mantenían más alta la moral de la tropa. Y sirviéndose, como en el ejército, de la eliminación progresiva de los timoratos y melancólicos. No había sitio para ellos, pues de inmediato pasaban a considerarse como una carga para la moral del regimiento. Se trata de una deformación militar habitual que busca en una vida de grupo, tan exuberante como ruidosa, una forma de seguridad capaz de sustituir toda vida interior. De esta manera, inconscientemente, resulta preciso marginar a quienes podrían generar una atmósfera tal vez más triste pero, sin duda, más auténtica y, en realidad, mucho más apropiada para eso que incluso los más convencidos

deben en el fondo experimentar interiormente. Sin olvidar como corolario el culto a la virilidad» (*Libération*, 13-14 de octubre de 1980). Si olvidamos la malevolencia que anima de fondo este discurso, su testimonio supone la confirmación de dos mecanismos característicos de cualquier grupo político constituido como sujeto, como entidad separada del plano de inmanencia en que se basa: 1/ adopta todos los rasgos de una comunidad terrible; 2/ se proyecta sobre el terreno de la representación, sobre el ámbito de la política clásica, que sólo comparte con él su grado de aislamiento y de fantasmagoría. De lo cual se sigue necesariamente el enfrentamiento de sujeto a sujeto con el Estado, como rivalidad en el terreno de la abstracción, como puesta en escena de una guerra civil *in vitro*; y finalmente acaba por concedérsele al enemigo un valor que no tiene. Se le concede precisamente esa sustancia que por sí mismo está a punto de perder.

La otra estrategia, no la de la guerra sino la de la guerrilla borrosa, es la propia del Autonomismo. Estrategia que se demuestra capaz, por sí misma, de echar abajo el Imperio. En este caso no se trata de configurarse como sujeto compacto con tal de hacer frente al Estado, sino de diseminarse en una multiplicidad de focos a la manera de *fallas* en la totalidad capitalista. El Autonomismo, pues, no debe entenderse tanto como un conjunto de emisoras de radio, grupos, armas, fiestas, tumultos y *squats*, sino como cierta intensidad en la circulación de los cuerpos

entre todos esos puntos. Así, el Autonomismo no excluye la existencia de determinadas organizaciones en su seno, por más que éstas pregonen sus absurdas pretensiones neo-leninistas: toda organización se encuentra en sí misma reducida al rango de arquitectura vacía recorrida, a tenor de las circunstancias, por los flujos del Movimiento. Desde el momento en que el Partido Imaginario se constituye como tejido ético separatista, incluso la posibilidad de instrumentalización del Movimiento por sus organizaciones, y *a fortiori* de la infiltración de éste, desaparece: más bien son ellas las que están condenadas a subsumirse en él como meros *puntos* de su plano de inmanencia. A diferencia de las organizaciones combatientes, el Autonomismo se basa en la indiferenciación, la informalidad y la semiclandestinidad característica de las prácticas conspiratorias. Las acciones de guerra son anónimas, se atribuyen a siglas inventadas y diferentes en cada caso, nunca con referencia real, y resultan solubles en el océano del Autonomismo. Son como zarpazos surgidos de las sombras, que conforman como tales una estrategia más elaborada y terrible que las proclamas propagandísticas a empuñar las armas que realizan las organizaciones combatientes. Cada acción se rubrica por sí misma, se autoreivindica por su propio *cómo*, por su propio significado dentro del contexto, distinguiéndose al primer vistazo del atentado de extrema derecha, del asesinato de Estado para frenar la ofensiva subversiva. Esta estrategia se basa en la intuición, nunca formulada por el Autonomismo, de que no sólo no existe ya el sujeto revolucionario, sino

que es *el propio no-sujeto* el que se ha convertido en revolucionario, es decir, en operador contra el Imperio. Infundiendo en la máquina cibernética algo similar a una conflictividad permanente, cotidiana, endémica, el Autonomismo acaba por hacerla ingobernable. Significativamente, el acto reflejo del Imperio frente a este *enemigo cualquiera* pasa siempre por representárselo como una organización bien estructurada, unitaria, como un sujeto, y en la medida de lo posible, intenta transformarlo en eso. «He hablado con un líder del Movimiento; lo primero que ha hecho es rechazar la palabra líder: no hay líderes entre ellos. [...] El Movimiento es, según dice, una movilidad inapresable, un hervidero de tendencias, grupos y subgrupos, un conjunto de moléculas autónomas. [...] A mi juicio, hay desde luego un grupo dirigente en el Movimiento; un grupo "interno", inconsistente en apariencia pero en realidad perfectamente estructurado. Roma, Bolonia, Turín, Nápoles: estamos ante una estrategia elaborada. El grupo dirigente permanece oculto y la opinión pública, incluso la mejor informada, no se muestra en disposición de juzgar» («La paleo-revolución de los Autonomistas», *Corriere della Sera*, 21 de mayo de 1977). No resulta sorprendente entonces que el Imperio intentara después la misma operación contra la reanudación de la ofensiva anticapitalista, a propósito esta vez del misterioso Black Bloc. Y ello por más que el Black Bloc no ha sido nunca sino una *técnica* de manifestación inventada por los Autonomistas alemanes en los años ochenta, y más tarde perfeccionada por los anarquistas norteamericanos

a comienzos de los noventa. Una *técnica*, es decir, algo con carácter reappropriable, contaminante, cuyos efectos el Imperio no experimenta desde hace tiempo, y que intenta presentar como sujeto a fin de convertir ese algo en un ente cerrado, compacto, exterior. «Según los magistrados genoveses el Black Bloc constituye “una banda armada”, de configuración horizontal, no jerárquica, compuesta por grupos independientes sin una dirección única, liberada por lo tanto del “peso de una gestión centralizada”, aunque de un dinamismo tal que es capaz de “elaborar sus propias estrategias” y de adoptar “decisiones rápidas y colectivas de gran resonancia”, aun manteniendo la autonomía de cada movimiento concreto. Por ello ha alcanzado “una madurez política que convierte al Black Bloc en un poder real”» («El Black Bloc es una banda armada», *Corriere della Sera*, 11 de agosto de 2001). Llevando hasta el delirio su incapacidad para entender la menor densidad ética, el Imperio se construye el fantasma de un enemigo que pueda abatir.



## Y EL ESTADO DERIVA EN PARTIDO IMAGINARIO...

Si se quiere luchar contra la subversión deben tenerse en cuenta tres elementos diferentes. Los dos primeros conforman el blanco propiamente dicho, es decir, el Partido o Frente con sus células o comités por una parte, y por otra los grupos armados que los apoyan o que son apoyados por ellos. Podemos decir que son como la cabeza y el cuerpo de un pez. El tercer elemento es la población. La población es el agua en la que nada el pez. El tipo de pez diferirá según el tipo de agua que constituya su ambiente natural, y lo mismo ocurre en el caso de las organizaciones subversivas. Si se quiere pescar un pez se puede intentar directamente con caña o red, siempre que la situación posibilite esos métodos. Pero si la caña y la red no bastan puede ser necesario operar de algún modo sobre el agua para obligar al pez a situarse en un lugar donde pueda ser capturado. Tal vez haya que contaminar el agua para matar al pez, por poco deseable que pueda parecernos el procedimiento.

Frank Kitson, *Low Intensity Operations. Subversion, Insurrection, Peacekeeping*, 1971

Mientras tanto, los peces / de los que descendemos todos  
/ asistieron curiosos / al drama colectivo / de este mundo /  
que a ellos sin ninguna duda / debía parecer malvado. / Y  
empezaron a pensar en su gran mar / qué profundo es el mar. /

Está claro / que el pensamiento molesta / incluso si quien  
piensa es mudo como un pez / es más, es un pez / y como  
pez es difícil detenerlo / pues lo protege el mar.

Lucio Dalla, *Come è profondo il mare*, 1976

La reconfiguración imperial de las hostilidades ha pasado ampliamente desapercibida. Y ha pasado desapercibida porque ha sucedido primeramente lejos de las metrópolis, en las antiguas colonias. La escenificación de la guerra como algo fuera-de-la-ley, primero simplemente proclamada con la SDN y después hecha efectiva gracias a la invención del arma nuclear, produjo una transformación decisiva de la misma; transformación que Schmitt intentó integrar en su concepto de «guerra civil mundial». Desde que toda guerra entre Estados se ha convertido en criminal con respecto al orden mundial, no es que se produzcan exclusivamente conflictos de extensión limitada, sino que la propia naturaleza del enemigo ha cambiado: el enemigo se ha hecho interno. A tal punto llega el retroceso del Estado liberal ante el despliegue del Imperio que incluso cuando el enemigo se identifica como Estado, como «Estado-díscolo» según la desenvuelta terminología característica de los diplomáticos imperiales, la guerra que se le declara adquiere aspecto de simple operación policial, como un sencillo asunto de gestión interna, una iniciativa de salvaguarda del orden.

La guerra imperial no tiene comienzo ni fin, consiste en un proceso de pacificación permanente. Sus métodos y principios fundamentales se conocen desde hace cincuenta años. Fueron elaborados durante las guerras de descolonización. Por aquel entonces el aparato estatal de opresión experimenta un cambio decisivo. El enemigo ya



no es una entidad diferenciable, una nación extranjera o una clase social determinada, sino que se embosca entre la población, sin atributos visibles. En un caso extremo pasa a ser la población *en sí misma*, en calidad de poder insurgente. La configuración de las hostilidades característica del Partido Imaginario se manifiesta así inmediatamente en forma de guerrilla, de guerra de partisanos. Entonces no sólo el ejército pasa a convertirse en policía, sino que el enemigo se convierte en «terrorista» —«terroristas» son los resistentes a la ocupación alemana, «terroristas» los insurgentes argelinos contra la ocupación francesa, «terroristas» los militantes antiimperialistas de los años setenta, «terroristas», ahora, los elementos más decididos del movimiento antiglobalización—. Trinquier, uno de los artífices y teóricos de la batalla de Argel, señala: «El papel pacificador concedido al ejército iba a plantear a los militares problemas que no estaban acostumbrados a resolver. El ejercicio de los poderes policiales en una gran ciudad les era desconocido. Los rebeldes argelinos utilizaban por primera vez una nueva arma: *el terrorismo urbano*. [...] Una ventaja incomparable, pero también un grave inconveniente: la población que ampara a los terroristas lo sabe. En cualquier momento puede denunciarlos a las fuerzas del orden si no les queda más remedio. Es posible sustraerles ese apoyo vital mediante el control estricto de la población» (*Le Temps perdu*<sup>1</sup>). La conflictividad histórica, desde hace más de medio siglo, ya no responde a los

<sup>1</sup> Roger Trinquier, *Le Temps perdu*, París, Albin Michel, 1978.

principios de la guerra clásica; desde hace más de medio siglo solamente se producen *guerras particulares*.

Son esas guerras particulares, esas configuraciones irregulares de la guerra, sin declaración previa, las que, gradualmente, han hecho que el Estado liberal se sumerja en el Partido Imaginario. Todas las doctrinas contra-insurgentes, las de Trinquier, Kitson, Beauffre o el coronel Château-Jobert, son unánimes al respecto: el único modo de luchar contra la guerrilla, contra el Partido Imaginario, pasa por el uso de sus técnicas. «Hay que actuar como partisanos allá donde haya partisanos». Trinquier, de nuevo: «Pero es preciso que éste [el insurgente-resistente] sepa que cuando sea capturado no se le tratará como a un delincuente común ni como a un prisionero capturado en el campo de batalla. [...] A la hora de interrogarle no contará, desde luego, con ninguna asistencia letrada. Si no se resiste a ofrecer la información requerida, el interrogatorio terminará rápido; de lo contrario, los especialistas le arrancarán sus secretos recurriendo al medio que sea preciso. Deberá entonces, al igual que el soldado, aceptar el dolor y tal vez esa muerte que hasta entonces ha sido capaz de evitar. Ahora bien, el terrorista debe saberlo y aceptarlo como circunstancia inherente a su condición y a los procedimientos que con todo conocimiento de causa tanto sus jefes como él mismo han elegido» (*La Guerre moderne*<sup>2</sup>). La vigilancia

<sup>2</sup> Roger Trinquier, *La Guerre moderne*, Robert Laffont, París, 1961.

continua de la población, el seguimiento de los individuos de riesgo, la tortura blanda, la guerra psicológica, el control policial de la Publicidad, la manipulación social de los afectos, la infiltración y exfiltración de los «grupos extremistas» o el atentado de Estado, como otros tantos aspectos del despliegue masivo de los dispositivos imperiales, responden a las necesidades de una guerra sin pausa, desarrollada a menudo sin estrépito. Pues como decía Westmorland: «Una operación militar no es más que una de las formas de lucha contra la insurrección comunista» («Contra-insurrección», en *Tricontinental*, 1969).

**E**n el fondo, sólo los partisanos de la guerrilla urbana entendieron lo que estaba en juego en las guerras de descolonización. Sólo ellos, que adoptaron el modelo de los Tupamaros uruguayos, supieron ver lo que tenían de *contemporáneos* los llamados «conflictos de liberación nacional». Sólo ellos y las fuerzas imperiales. El director de un coloquio sobre «el papel de las fuerzas armadas en el mantenimiento del orden en los años setenta», organizado en abril de 1973 en Londres por el Royal Institute for Defence Studies, declaraba en aquella ocasión: «Si perdemos Belfast tendremos seguramente que luchar en Brixton o en Birmingham. Al igual que la España de los años treinta supuso un ensayo de un conflicto europeo luego generalizado, lo que sucede ahora en Irlanda del Norte supone tal vez el ensayo de una guerra de guerrilla urbana generalizada en Europa, y más

particularmente en Gran Bretaña». Todas las campañas de pacificación que se están llevando a cabo, todas las actividades de las «fuerzas internacionales de interposición» actualmente desplegadas en los márgenes de Europa y en el mundo, vienen a ser, evidentemente, anuncio de otras «campañas de pacificación», ahora en territorio europeo. Sólo quienes no entienden que su función es *formar a los hombres para la lucha contra nosotros* pueden achacar a algún misterioso complot internacional la razón de esas intervenciones. Ningún proceso resume mejor el continuismo entre pacificación exterior y pacificación interior que el diseñado por el oficial británico Frank Kitson, el hombre que concibió esa doctrina estratégica mediante la cual el Estado británico venció a los rebeldes irlandeses y la OTAN a los revolucionarios italianos. Kitson, antes de consignar su doctrina contra-insurgente en *Low Intensity Operations. Subversion, Insurrection, Peacekeeping*, había tomado parte en las guerras de descolonización en Kenia contra los Mau-Mau, en Malasia contra los comunistas, en Chipre contra Grivas y finalmente en Irlanda del Norte. De su doctrina retendremos sólo algunas enseñanzas de primera mano acerca de la razón imperial. Las resumiremos en tres postulados. El primero es que existe una continuidad absoluta entre los delitos menos importantes y la «insurgencia», los dos términos de un proceso en tres fases: la «fase preparatoria», la «fase no-violenta» y la insurgencia propiamente dicha. Para el Imperio, la guerra supone un *continuum* —*Warfare as a whole*, dice Kitson—, y es preciso responder desde el primer «desplante»

a cuanto amenace el orden social mediante la «confluencia a todos los niveles de la acción militar, policial y civil». La confluencia civil-militar es el segundo postulado imperial. Puesto que en la era de la paz nuclear las guerras entre Estados resultan cada vez más raras y la labor esencial del ejército ya no es emprender guerras en el exterior, sino la guerra en el interior, la guerra contra-insurgente, conviene acostumbrar a la población a una presencia militar permanente en los espacios públicos. Una amenaza terrorista imaginaria, ya sea de carácter irlandés o islamista, permite justificar patrullas regulares de hombres armados en estaciones, aeropuertos, metro, etc. En general, el aumento de rasgos indiferenciables entre el civil y el militar no es casual. La informatización de lo social, es decir, el hecho de que cualquier gesto muestre tendencia a generar información, constituye el núcleo de esa confluencia. El aumento de los dispositivos de vigilancia borrosa, de rastreo y grabación, tiene como objetivo la obtención de abundante *low grade intelligence* (información de grado inferior), con la cual se ayuda a la policía en sus operaciones. El tercer principio de la acción imperial, una vez superada esa fase preparatoria de la insurgencia que es ya la situación política habitual, afecta a los «movimientos pacifistas». Desde el momento en que resulta manifiesta la oposición violenta al orden existente, debe facilitarse, cuando no crearse desde cero, el despliegue de movimientos pacifistas populares que servirán para aislar a los rebeldes, al tiempo que algunos individuos infiltrados les llevarán a cometer actos que los

desacrediten —estrategia que Kitson expone con la poética denominación de «ahogar al bebé en su propia leche»—. Por otra parte, no es mala idea esgrimir una amenaza terrorista inventada a fin de «hacer las condiciones vitales de la población lo suficientemente incómodas como para estimular la vuelta a la cotidianidad». Aunque Trinquier tuvo el honor de aconsejar a las eminencias contra-insurgentes norteamericanas, él, que en 1957 puso en funcionamiento un amplio sistema de vigilancia y control de la población argelina con el moderno título de «Dispositivo Urbano de Protección»; Kitson, por su parte, vio como su labor concitó el aprecio de los más elevados círculos de la OTAN, incorporándose después a las estructuras atlantistas. No era ésa su vocación, por lo demás, aspirando sólo a que su libro «llame la atención sobre las fases a recorrer desde ahora para vencer a la subversión y la insurgencia, y para llevar a cabo operaciones durante la segunda mitad de la década de 1970», concluyendo e insistiendo sobre el mismo punto: «Por ahora sólo esperamos que el contenido de este libro ayude de algún modo al ejército a prepararse para las turbulencias que puedan producirse en la segunda parte de la década de 1970».

Con el Imperio, incluso el mantenimiento de la apariencia formal del Estado se integra en las maniobras estratégicas prescritas. En la medida en que el Imperio no puede reconocer a un enemigo, a una alteridad,

a una diferencia ética, no puede reconocer tampoco la situación bélica que supone. No se promulgará, por lo tanto, un estado de excepción propiamente dicho, sino un estado de emergencia constante, indefinidamente gestionado. No se suspenderá oficialmente el régimen legal para emprender la guerra contra el enemigo interno, contra la insurgencia o contra quien sea, sino que se añadirá simplemente al régimen legal actual un conjunto de leyes *ad hoc*, destinadas a la lucha contra un enemigo inconfesable. «El derecho común se transformará, pues, en una serie de reglamentaciones especiales en desarrollo continuo y redundante: la reglamentación se convertirá en un conjunto de excepciones» (Luca Bresci, Oreste Scalzone, *L'Exception est la règle*). La supremacía de la policía, reconvertida en máquina de guerra, ya no conocerá contestación. Se le reconocerá el derecho a disparar sin previo aviso, restableciendo de hecho esa pena de muerte eliminada en la legislación. Se incrementará el tiempo máximo de detención preventiva, de tal manera que la inculpación equivaldrá a condena. En determinados casos la lucha «antiterrorista» legitimará el encarcelamiento sin necesidad de proceso, así como la investigación sin orden judicial. En general, ya no se juzgarán hechos, sino individuos, conformidades subjetivas, disposiciones al arrepentimiento; cualificaciones criminales apropiadamente vagas como «complicidad moral», «delito de pertenencia a organización criminal» o «incitación a la guerra civil» serán creadas a tal efecto. Y cuando eso no baste se juzgará por axioma. Para expresar claramente la diferencia

entre ciudadanos inculpados y «terroristas» se manipulará mediante leyes de arrepentimiento la posibilidad de disociarse públicamente de uno mismo, de convertirse en un miserable. Podrán concederse entonces importantes reducciones de condena; en caso contrario prevalecerán explícitamente los *Berufsverbot*, la prohibición de ejercer ciertas profesiones sensibles que deben mantenerse al margen de toda contaminación subversiva. Pero este tipo de leyes, como la Ley Real en Italia o las leyes de excepción alemanas, no son sino *respuesta* a una situación de insurgencia declarada. Mucho más perversas son las leyes que aspiran a configurar la lucha *preventiva* contra las máquinas de guerra del Partido Imaginario. Como complemento a las leyes «antiterroristas» serán votadas con casi absoluta unanimidad, al igual que ha ocurrido recientemente en Francia, España y Bélgica, «leyes anti-sectas»; leyes que buscan sin ambages criminalizar cualquier tipo de agrupación al margen de la falsa comunidad nacional de ciudadanos. Es de temer, por otra parte, que cada vez resulte más difícil esquivar localmente ciertos excesos de celo, como esas «leyes antiextremismo» adoptadas en Bélgica en noviembre de 1998 y que reprimen «cualquier idea o concepción racista, xenófoba, anarquista, nacionalista, autoritaria o totalitaria, ya sea de carácter político, ideológico, religioso o filosófico, contraria [...] al buen funcionamiento de las instituciones democráticas».



Sería un error pensar que, pese a todo, el Estado pueda sobrevivir. En el seno de la guerra civil mundial su pretendida neutralidad ética no suscita demasiadas ilusiones. La forma-tribunal en sí misma, ya se trate de un Tribunal Superior de Justicia o de un Tribunal Penal Internacional, se percibe como una modalidad explícita de guerra. Es la idea del Estado como mediador entre las partes la que ahora está llegando a su fin. El compromiso histórico, conocido en Italia desde comienzos de los setenta pero hecho realidad en las democracias biopolíticas en virtud de la desaparición de la escena política clásica de cualquier oposición efectiva, ha acabado por arruinar el propio concepto de Estado. De este modo, el Estado italiano no sobrevivió a los años setenta, a la guerrilla borrosa, o al menos no sobrevivió *en tanto que Estado*, sino sólo *en tanto que partido*, en tanto que partido de los ciudadanos, es decir, *de la policía y de la pasividad*. Y es gracias a ese partido como el repunte de la pasión por la economía en los años ochenta sancionaría su efímera victoria. Pero el naufragio completo del Estado sólo se produce en el momento en que se pone al frente, o se apodera del teatro de la política clásica, un hombre cuyo único programa es precisamente suprimirla y sustituirla por una mera gestión empresarial. En ese punto el Estado pasa a concebirse abiertamente como partido. Con Berlusconi no es un individuo singular el que toma el poder, sino una forma-de-vida: la del pequeño empresario de cortas miras, arribista y filofascista del Norte de Italia. El poder vuelve otra vez a contar con un fundamento ético —el

fundamento empresarial como única forma de socialización al margen de la familia—, y quien lo encarna no *representa* a nadie, en especial no a una mayoría, sino que es una forma-de-vida perfectamente discernible, con la cual sólo una parte muy reducida de la población puede identificarse. Al igual que todos ven en Berlusconi a un clon de ese gilipollas que todos conocemos, una copia certificada del peor nuevo rico del barrio, todos saben que fue miembro de esa logia P2 que convirtió el Estado italiano en un instrumento a su servicio. *De este modo el Estado irá poco a poco hundiéndose en el Partido Imaginario.*

## LA FÁBRICA DEL CIUDADANO

Las sociedades represivas que están a punto de ponerse en funcionamiento tienen dos características: una represión más suave, más borrosa, más general y, al mismo tiempo, mucho más violenta. Los que se muestren capaces de someterse, de adaptarse, de ser encarrilados, percibirán una menor presencia policial. Cada vez se utilizarán más psicólogos, e incluso más psicoanalistas, en los servicios policiales; cada vez se desarrollarán más terapias de grupo; los problemas psicológicos y de pareja pasarán al primer plano; la represión será cada vez más comprensiva en términos psicológicos; se reconocerá el trabajo de las prostitutas, las emisoras contarán con expertos en temas de estupefacientes. En resumen: se establecerá un benevolente clima general de comprensión. Pero si determinados grupos o individuos intentan escapar de este contexto, si hay quienes pretenden cuestionar este sistema de confinamiento general, serán exterminados como los Black Panthers en Estados Unidos, o su personalidad será triturada como fue el caso de la Fracción del Ejército Rojo en Alemania.

Félix Guattari, *Why Italy?*

Habéis dividido en dos partes a la población —y diciendo esto, me refiero a la totalidad del mundo habitado—, a todo aquel que fuere más ilustre, noble y poderoso en cualquier lugar lo hicisteis ciudadano y hasta congénere, quedando el resto como súbdito gobernado por el Imperio.

Elio Aristides, *En honor a Roma*

**S**i Italia cuenta con algún privilegio heurístico en materia política, éste es que por regla general la incandescencia histórica tiene allí la virtud de aumentar la legibilidad estratégica de cada época. Todavía hoy las líneas de fuerzas, los partidos en activo, las posiciones tácticas y la configuración general de las hostilidades pueden percibirse más fácilmente en Italia que en Francia; y por eso la contrarrevolución que allá se impuso con rotundo vigor hace veinte años apenas acaba de instalarse aquí. En Francia el proceso contrainsurgente se ha tomado su tiempo, ofreciéndose el lujo de disfrazar su esencia. Al hacerse más indiscernible se ha creado también menos enemigos que en otras partes, o aliados más confusos.

**E**l hecho más inquietante de estos últimos veinte años es sin duda que el Imperio ha logrado extraer de las ruinas de la civilización una humanidad nueva, orgánicamente afecta a su causa: la de *los ciudadanos*. Los ciudadanos son quienes, en el seno mismo del estallido general de lo social, persisten en *proclamar* su participación abstracta en una sociedad que ya sólo existe en negativo, por el terror que ejerce sobre cuanto amenace con traicionarla, y de ese modo *sobrevivir a ella*. Los azares y razones que producen ciudadanos nos conducen de nuevo al centro de la empresa imperial: atenuar las formas-de-vida, neutralizar los cuerpos; y es esta empresa la que el ciudadano prolonga mediante la autoanulación del riesgo que él mismo representa para el ámbito imperial.

Esa facción variable de agentes incondicionales que el Imperio descuenta de cada población conforma la realidad humana del Espectáculo y el Biopoder, su punto de coincidencia absoluta.

**E**xiste por lo tanto una verdadera fábrica de ciudadanos cuya implantación permanente supone el principal triunfo del Imperio; triunfo que no es sólo social, político o económico, sino *antropológico*. Ciertamente, no se han escatimado medios para alcanzarlo. Su punto de partida ha sido la reestructuración ofensiva del modelo de producción capitalista que responde, desde comienzos de los años setenta, a la recuperación de la conflictividad obrera en las fábricas y al notable desinterés por el trabajo que manifiestan las jóvenes generaciones post-68. Toyotismo, automatización, enriquecimiento laboral, flexibilización e individualización de las condiciones laborales, deslocalización de la producción, descentralización, subcontratación, presupuestos ajustados, presupuesto por proyecto, desmantelamiento de las grandes unidades productivas, cambio de horarios, liquidación de la industria pesada, concentración obrera, son aspectos de una misma reforma del modo de producción cuyo principal objetivo es la restauración del poder capitalista en el espacio productivo. Esta reestructuración fue iniciada en todas partes por facciones avanzadas de la patronal, teorizada por sindicalistas iluminados y puesta en funcionamiento con la aquiescencia de las principales centrales

obreras. Lama explicaba así en 1976, en *La Repubblica*, que «la izquierda debe colaborar expresamente y sin mala conciencia en la recuperación de unos márgenes de beneficio hoy en extremo reducidos, aunque sea preciso adoptar medidas dolorosas para los trabajadores»; y Berlinguer, por su lado, señalaba hacia la misma época que «el terreno de la productividad no es un arma de la patronal», sino «un arma del movimiento obrero para hacer avanzar la política de cambios». El efecto de la reestructuración es, en apariencia, su único objetivo: «Apartar al mismo tiempo a los obreros revoltosos y a los pequeños patrones abusivos» (Boltanski, *Le Nouvel Esprit du capitalisme*<sup>1</sup>). Pero de lo que se trata es, más bien, de purgar el centro productivo de una sociedad que militariza la producción de todos los elementos «divergentes», de todos los individuos de riesgo, de todos los agentes del Partido Imaginario. La normalización recurrirá por lo demás a los mismos métodos dentro y fuera de las fábricas: marcando sus blancos como «terroristas». El despido de los «61 de la Fiat», que anunciaría en 1979 el posterior derribo de la lucha obrera en Italia, no necesitó de otro motivo que éste. Por supuesto, tales maniobras habrían resultado imposibles si las altas instancias del movimiento obrero no hubieran colaborado activamente, al no tener menos interés que los patronos en la erradicación de la insubordinación crónica, de la ingobernabilidad, de la

<sup>1</sup> Luc Boltanski y Eve Chiapello, *Le Nouvel Esprit du capitalisme*, París, Gallimard, 1999. Trad. cast.: *El nuevo espíritu del capitalismo*, Madrid, Akal, 2002.

autonomía obrera, «esas acciones incesantes propias de francotiradores, sabotadores, ausentistas, sediciosos, criminales», que la nueva generación obrera trasladara a las fábricas. Seguramente, nadie mejor que los propios representantes de la izquierda a la hora de elaborar perfiles ciudadanos; sólo ellos pueden reprochar a uno u otro su deserción «en un momento en que todos están llamados a dar prueba de coraje civil desde el puesto que cada cual ocupe», como tronaba Amendola en 1977, leyéndoles la cartilla a Sciascia y Montale.

Desde hace más de veinte años se ha llevado a cabo, pues, una selección, una clasificación de subjetividades, una dinámica de «vigilancia» del asalariado, una llamada al autocontrol por uno y otro lado, un encaje subjetivo en el proceso de producción, una creatividad que ha permitido al Imperio aislar al nuevo *núcleo duro* de la sociedad, a los ciudadanos. Pero nunca se hubiera conseguido este resultado si la ofensiva sobre el terreno laboral no hubiese contado al mismo tiempo con el apoyo de otro frente, de carácter más general, más *moral*. Su pretexto fue «la crisis». La crisis no consistió sólo en hacer artificialmente escasa la mercancía para hacerla de nuevo deseable, después de que en el 68 su abundancia generase un disgusto excesivamente manifiesto. La crisis facilitó de nuevo, y especialmente, la identificación de los Bloom con una totalidad social amenazada, cuya suerte dependía ahora de la buena voluntad de cada uno. No hay más

secreto en esa «política de sacrificios», en la exigencia de «apretarse el cinturón» y, en general, desde entonces, en la obligación de comportarse constantemente «de manera responsable». ¿Pero responsable de qué, en realidad? ¿De vuestra sociedad de mierda? ¿De las contradicciones que obstaculizan *vuestro* modo de producción? ¿De las grietas en *vuestra* totalidad? ¡Decídmelo! Es en esto, por otra parte, donde se reconoce más claramente al ciudadano: realiza una introyección individual de unas contradicciones, de unas aporías que son propias de la totalidad capitalista. En lugar de luchar contra las relaciones sociales que minan las condiciones de vida más elementales, el ciudadano separa y recicla sus residuos, y se esfuerza en encontrar el carburante a mejor precio. En lugar de contribuir a la construcción de *otra* realidad, los viernes por la tarde, al salir del curro, se va a servir raciones a los vagabundos en un centro gestionado por pelmazos católicos. Y se lo cuenta a todo el mundo en la cena al día siguiente.

**E**l voluntarismo más bobalicón y la más devastadora mala conciencia son elementos característicos del ciudadano.



Pocas veces una operación intelectual se ha demostrado tan inoportuna, burda y absurda como la que intentaron los aspirantes a administradores del Capital socializado en el primer número, su chorrada inaugural, del papelucho que se conoce como *Multitudes*<sup>1</sup>. Ciertamente, ni se me ocurriría citar una publicación cuya única razón de ser es servir de altavoz teórico-mundano al más fracasado arribista, Yann Moulier Boutang, si el alcance de semejante operación no llegara mucho más allá de los cenáculos micro-militantes que se rebajan a leer *Multitudes*.

<sup>1</sup> *Multitudes*, revista política, cultural y artística fundada en el año 2000 por Yann Moulier-Boutang.

Siempre a remolque de las últimas payasadas del maestro (que en *Exil*<sup>2</sup> aboga en favor del «empresario biopolítico inflacionista»), los burócratas del negrismo<sup>3</sup> parisino intentaron introducir una diferenciación positiva entre Biopoder y biopolítica. Apelando a una inexistente ortodoxia foucaultiana, rechazaron valerosamente la categoría de Biopoder —ciertamente demasiado crítica, demasiado molar, demasiado unificadora—. A ella opondrían la concepción biopolítica de «aquello que entiende el poder y la resistencia como un nuevo lenguaje que invita a confrontar cotidianamente igualdad y diferencia, los dos principios, político y biológico, de nuestra modernidad». Puesto que, de todos modos, alguien mucho más inteligente que ellos, Foucault, se había permitido la perogrullada de decir que «el poder sólo se da entre sujetos libres», esos señores encontraron hartó excesivo el concepto de Biopoder. ¿Cómo podía ser malo un poder productivo cuya vocación pasa por la maximización de la vida? Y además, ¿resulta democrático hablar de Biopoder —y quién sabe si también de Espectáculo—? ¿No sería ése un primer paso hacia algún tipo de separación? «La biopolítica —como prefiere pensar un Lazzarato<sup>4</sup> vestido con tutú rosa— supone la coordinación estratégica de

<sup>2</sup> Antonio Negri, *Exil*, París, Mille et une nuits, 1997. Trad. cast.: *El exilio*, Barcelona, El Viejo Topo, 1998.

<sup>3</sup> El negrismo es una corriente surgida del operaismo y del autonomismo, que se declara seguidora del pensamiento de Antonio Negri.

<sup>4</sup> El sociólogo y filósofo Maurizio Lazzarato está especializado en temas de biopolítica, biopoder y lo que se ha dado en llamar «trabajo inmaterial» y «capitalismo cognitivo». Fue miembro fundador de *Multitudes*.

esas relaciones de poder últimas con aquello que los vivos forzosamente producen». Y el muy imbécil concluye entusiasmado con un programa de «transformación del biopoder en biopolítica, del “arte de gobernar” en producción y gobierno de las nuevas formas de vida».

Ciertamente, no puede decirse que a los negristas les preocupe demasiado la precisión filológica. Y uno está siempre tentado de recordarles que el proyecto de salario social fue, antes que por ellos, propuesto por cierta corriente intelectual francesa para-nazi impulsada por Georges Duboin, corriente que inspiró bajo la Ocupación los trabajos «científicos» del grupo Collaboration. De igual manera, modestamente, habría que recordarles a esos idiotas el origen del concepto de *biopolítica*. Su primera aparición en el ámbito francés se remonta a 1960. *La biopolítica* fue, así, el título de un breve opúsculo, obra de un médico genovés amante de la paz hasta la ebriedad, el Dr. A. Starobinski. «La biopolítica admite la existencia de fuerzas puramente orgánicas que rigen las sociedades humanas y las civilizaciones. Estas fuerzas son fuerzas ciegas que enfrentan entre sí a las masas humanas y que provocan sangrientos choques entre naciones y civilizaciones, llevando a su destrucción y desaparición. Pero la biopolítica admite también la existencia en las sociedades y civilizaciones de unas fuerzas constructivas y conscientes que pueden salvaguardar y ofrecer a la humanidad perspectivas originales y optimistas. Las fuerzas

ciegas son el autoritarismo, la fuerza bruta, la voluntad de poder, la destrucción de los más débiles por la fuerza o el engaño, el expolio y la rapiña. [...] Aun admitiendo la realidad de estos hechos en el transcurso de la historia de las civilizaciones, nosotros vamos todavía más lejos y afirmamos que existe otra realidad, la de la verdad, la justicia, el amor a lo Divino y al prójimo, la entrega y la fraternidad humana. Estas realidades positivas concuerdan con las propias leyes biológicas inscritas en la estructura de la naturaleza humana. Quienes comparten el ideal de la fraternidad humana, quienes conservan en su corazón el ideal de la Bondad y de la justicia son los que trabajan para salvaguardar los valores más elevados de la civilización. Hemos de saber que todo cuanto tenemos, todo cuanto somos —nuestra seguridad, nuestra instrucción, nuestras posibilidades vitales— se lo debemos a la civilización. Por eso nuestro deber más elemental es hacer lo posible para protegerla y salvarla. Cada uno de nosotros debe hacerlo dejando atrás sus preocupaciones personales, consagrándose a una actividad social, desarrollando los valores del Estado en el terreno de la justicia, ahondando en los valores espirituales y religiosos y participando activamente en la vida cultural. No creo que ello sea difícil, pero lo fundamental es contar con la mejor voluntad, pues cada uno de nosotros, el pensamiento y la acción de cada uno, influye en la armonía universal. De este modo, se convierte en deber la manifestación de una visión optimista del futuro. No hemos de temer a la guerra y a sus consiguientes calamidades, pues nos encontramos ya,

estamos ya, en situación bélica». El lector atento no dejará de observar que nos hemos abstenido de citar los pasajes que preconizan «la eliminación del seno [de nuestra civilización] de todo cuanto coadyuve a su declive», antes de concluir que «en el estadio actual de la civilización, la humanidad debe encontrarse unida».

**P**ero nuestro buen doctor genovés no es sino un dulce soñador comparado con aquellos que abrieron definitivamente las puertas del universo intelectual francés a la biopolítica: los fundadores de *Cahiers de la biopolitique*, cuyo primer número se publicó durante el segundo semestre de 1968. Su director, su clave de bóveda, no fue otro que André Birre, antiguo y siniestro funcionario que pasó de la Liga de los Derechos Humanos y de un gran proyecto de revolución social en los años treinta al colaboracionismo. Los *Cahiers de la biopolitique*, surgidos al amparo de la Organisation du Service de la Vie<sup>5</sup>, también querían salvar la civilización. «Cuando los miembros fundadores de la “Organisation du Service de la Vie” se reunieron en 1965, tras veinte años de asidua labor, para definir su postura ante la actual situación, su conclusión fue que, si la humanidad quiere seguir evolucionando y alcanzar un plano más elevado, según los principios de Alexis Carrel y Albert Einstein, debe recuperar explícitamente el respeto a las Leyes de la Vida y la armonía con la

<sup>5</sup> Asociación de Ayuda a la Vida.

naturaleza, en lugar de pretender dominarla y explotarla como ha hecho hasta el momento. [...] Esta concepción, que permitirá restablecer el orden de manera orgánica y proporcionar a la técnica su medida y eficacia, nosotros la conocemos bien, y es *la concepción biopolítica*. Ese saber del que estamos carentes puede aportarlo la Biopolítica, ciencia y arte a la vez del uso del saber humano según las enseñanzas de las leyes de la naturaleza y de la ontología que gobiernan nuestra vida y destino». Aparecen, así pues, en los dos números de *Cahiers de la biopolitique* lógicas digresiones sobre la «reconstrucción del ser humano», los «índices de salud y aptitud» y lo «normal, lo anormal y lo patológico» entre consideraciones del tipo «cuando la mujer esté al frente de la economía mundial», «cuando los organismos internacionales sigan el camino de la biopolítica» o, incluso, «nuestra divisa y emblema en honor al ser y al servir». «La biopolítica», se nos dice, «ha sido definida como ciencia del comportamiento de los Estados y colectividades humanas, teniendo en cuenta las leyes y ambientes naturales y los conocimientos ontológicos que rigen la vida y que determinan cualquier actividad humana».

Se comprende así, en el presente, por qué los negristas de *Vacarme*<sup>6</sup> reclamaban hace algún tiempo una «biopolítica menor»: porque la biopolítica mayor, el nazismo,

<sup>6</sup> Revista política y cultural francesa, fundada en 1997 por miembros del movimiento *Nous sommes la gauche*, dedicada al estudio de los nuevos movimientos sociales.

no aportó al parecer respuestas adecuadas. De ahí también la charlatanería incoherente de los pequeños negristas parisinos: si fueran coherentes acaso podrían sorprenderse a sí mismos descubriéndose de repente representantes del proyecto imperial, el de recomponer un tejido social íntegramente maquinal, finalmente pacificado y fatalmente productivo. Pero, por suerte para nosotros, esos ineptos no saben lo que se dicen. Se limitan a recitar con aires *tecnológico* la vieja doctrina patrística de la *oikonomía*, doctrina de la que no saben nada, y en especial que fue elaborada por la Iglesia del primer milenio a fin de fundamentar con alcance ilimitado sus prerrogativas temporales. Según el pensamiento patrístico, el concepto de *oikonomía* —que puede traducirse de cien formas diferentes: encarnación, plan, intención, administración, providencia, cargo, oficio, acomodo, falsedad o trampa— es lo que permite designar con un único concepto la relación de la divinidad con el mundo, de lo Eterno con el despliegue histórico, del Padre con el Hijo, de la Iglesia con sus fieles y de Dios con sus iconos. «Consiste en el primer concepto organizador y funcionalista relativo simultáneamente a la carne del cuerpo, la carne del discurso y la carne de la imagen. [...] El concepto de plan divino con el objetivo de administrar y gestionar la creación caída, y así salvarla, hace a la economía solidaria con la totalidad de la creación desde el origen de los tiempos. Por eso la economía es, pues, tanto Naturaleza como Providencia. La economía divina vela por la salvaguarda armoniosa del mundo y por el mantenimiento de todas sus esferas según un desarrollo adaptado

y finalizado. La economía de la encarnación no supone sino el ofrecimiento de la imagen del Padre en su manifestación histórica. [...] El pensamiento económico de la Iglesia es un pensamiento gerencial y corrector. Gerencial en la medida en que la *oikonomía* se asimila a la organización administrativa, la gestión y el desarrollo de toda esfera de actuación. Pero a eso cabe añadir una función correctora, puesto que las iniciativas humanas no inspiradas por la gracia sólo pueden engendrar desigualdades, injusticias o transgresiones. Es preciso, por tanto, que la economía divina y eclesial se haga cargo de nuestra mísera gestión histórica y opere una regulación luminosa y redentora» (Marie-José Mondzain, *Image, Icône, Économie*). La doctrina de la *oikonomía*, la de una integración final por más que original de todas las cosas —incluso del sufrimiento, incluso de la muerte, incluso del pecado— en el plan de la encarnación divina, supone el enunciado programático del proyecto biopolítico en la medida en que éste supone primeramente un proyecto de inclusión universal, de subsunción absoluta de todas las cosas en una *oikonomía* sin exterioridad divina, convertida en perfectamente inmanente, el Imperio. De este modo, cuando el *opus magnum* del negrismo, *Imperio*, reivindica orgullosamente una ontología de la producción, nosotros no podemos dejar de entender lo que nuestro autoinvestido teólogo quiere decir: toda cosa es *producida* en la medida en que es expresión de un sujeto ausente, de la ausencia del sujeto, del Padre, en virtud del cual toda cosa es —incluso la explotación, incluso la contrarrevolución, incluso



el atentado de Estado—. *Imperio* concluye lógicamente con estas palabras: «La posmodernidad se encuentra en el mismo caso que san Francisco, cuando éste oponía a la miseria del poder el júbilo del ser. Se trata de una revolución que ningún poder puede controlar —porque el biopoder y el comunismo, la cooperación y la revolución, van de la mano con el mayor afecto, simplicidad e inocencia—. En ello consiste la irreprimible sencillez y el irreprimible júbilo de ser comunista».

«**B**ien podría suceder que la biopolítica se convierta en instrumento de la revuelta de los dirigentes», lamentaba Georges Henein<sup>7</sup> en 1967.

<sup>7</sup> Georges Henein (1914-1973), poeta surrealista egipcio y destacado intelectual antifascista.



## REFUTACIÓN DEL NEGRISMO

Nunca antes la *society* se vio tan absorbida por el ritual del «problema» y nunca antes había sido tan democráticamente uniforme, en cada esfera de supervivencia socialmente protegida. Mientras las diferencias de clase tienden gradualmente a difuminarse, están «floreciendo» nuevas generaciones a partir del mismo brote de tristeza y estupor, según comenta la eucaristía publicitada y generalizada del «problema». Y mientras la izquierda más «dura» —en su forma más coherente— reivindica el salario universal, el capital acaricia cada vez con menor pudor el sueño de satisfacer su deseo: liberarse de la carga de la producción hasta el punto de dejar a los hombres la libertad de producirse meramente como formas llenas de vida, como simples contenedores, impulsados por un mismo enigma: ¿por qué están aquí?

Giorgio Cesarano, *Manuel de survie*, 1974

No hay nada que refutar en el negrismo. Los hechos ya se encargan de hacerlo. Lo que, sin embargo, debe desbaratarse es el uso que de él, previsiblemente, se hará contra nosotros. En última instancia, el objetivo del negrismo es suministrar al partido de los ciudadanos su ideología más sofisticada. Cuando el equívoco en relación al carácter evidentemente reaccionario del bovismo y de ATTAC quede definitivamente demostrado, el negrismo estará llamado a sustituirlos, como último de los socialismos posibles, el socialismo cibernético.

Ciertamente, resulta sorprendente que un movimiento contrario a la «globalización neoliberal» en nombre de un «deber civilizatorio», que apela a la lucha contra el Estado y al «control ciudadano», y que se queja de que los «jóvenes» se ven reducidos a un «estado de infra-ciudadanía», para finalmente vomitar que «afrontar el doble desafío de la implosión social y de la desesperanza política exige una oleada cívica y militante» (*Tout sur ATTAC*<sup>1</sup>), pueda pasar todavía por contestatario al orden dominante. Pero si sigue suscitando atención es sólo por el anacronismo de sus puntos de vista, por la necedad de sus análisis. La coincidencia casi oficial entre el movimiento ciudadano y los *lobbies* estatales sólo podrá mantenerse un tiempo. La participación masiva de diputados, magistrados, funcionarios, policías, cargos electos y tantos «representantes de la sociedad civil» que proporcionaron a ATTAC su caja de resonancia inicial, es también lo que, finalmente, desautoriza a hacerse la menor ilusión sobre su alcance. Ya en estos momentos la vacuidad de sus primeros eslóganes —«reapropiarnos juntos del futuro del mundo» o «hacer política de otro modo»— es sustituida por fórmulas menos ambiguas. «Desde ahora es preciso pensar y construir un nuevo orden mundial que administre la difícil y obligatoria sumisión de todos —individuos, empresas y Estados— al interés general de la humanidad»

<sup>1</sup> Bernard Cassen, *Tout sur ATTAC*, París, Seuil, 2002.

(Jean de Maillard, *Le Marché fait sa loi. De l'usage du crime par la mondialisation*<sup>2</sup>).

No se necesita ser un profeta: las facciones más ambiciosas del denominado «movimiento antiglobalización» se han hecho abiertamente negristas. Las tres consignas características del negrismo político, pues su fuerza reside en el hecho de suministrar a los neomilitantes informales temas de reivindicación, son el «salario ciudadano universal», el derecho a la libre circulación de los cuerpos —«¡Papeles para todos!»— y el derecho a la creatividad, sobre todo si ésta es asistida por ordenador. En este sentido, la perspectiva negrista no se diferencia en absoluto de la perspectiva imperial, constituyendo un simple perfeccionamiento. Cuando Moulier-Boutang publicó en todos los medios a su alcance un manifiesto político titulado *Por un nuevo New Deal*, esperando atraer hacia su proyecto social a las fuerzas de izquierda más voluntariosas, no hizo sino enunciar la verdad del negrismo. El negrismo, en efecto, encierra en su seno el antagonismo, pero un antagonismo *en el propio seno de la clase gestora*, entre su facción progresista y su facción conservadora. De ahí su curiosa relación con la lucha social, con la práctica subversiva, su llamada sistemática a la reivindicación. Desde el punto de vista negrista, la lucha social sólo

<sup>2</sup>Jean de Maillard, *Le Marché fait sa loi. De l'usage du crime par la mondialisation*, Paris, Mille et une nuits, 2001.

constituye un *medio* para presionar a la facción contraria del poder. En tanto que tal, no resulta asumible, pese a que la lucha pueda revelarse útil. De ahí la incestuosa relación del negrismo político con el pacifismo imperial: aprecia su realidad pero no su realismo. Quiere Biopoder sin policía, comunicación sin Espectáculo, paz sin tener que luchar por ella.

El negrismo no coincide con el pensamiento imperial propiamente dicho; consiste sólo en su vertiente *idealista*. Su finalidad es producir una pantalla de humo tras la cual podrá tramarse con seguridad la cotidianidad imperial, incluyendo aquello que invariablemente los hechos desmienten. Por esa razón la realización del negrismo constituye aún su mejor refutación. Es como el sin papeles al que se proporciona permiso de residencia, que se contenta con integrarse del modo más prosaico, como los *Tute bianche* a los que les parte la crisma esa misma policía italiana con la que pensaban que podían entenderse, como Negri al lamentarse, al final de una reciente entrevista, de que en los años setenta el Estado italiano no supo diferenciar entre los enemigos «que eran recuperables y los que no lo eran». El movimiento ciudadano, pese a su conversión al negrismo, está llamado a decepcionarle. Cabe entonces prever que se consiga el salario ciudadano universal, aunque en cierta medida ya existe en forma de remuneración social a cambio de pasividad política, de conformidad ética. Los ciudadanos, en la medida en que

están destinados a suplir cada vez con mayor frecuencia las debilidades del Estado del bienestar, se verán cada vez más claramente retribuidos por su labor en la cogestión de la pacificación social. Así, se instaurará una renta ciudadana que servirá como chantaje de cara a la autodisciplina, como despliegue de una extraña policía de proximidad extrema. Llegado el caso, se la podrá incluso denominar «renta vital», puesto que se tratará de una esponsorización de las formas-de-vida más compatibles con el Imperio. Y se producirá también, según auguran los negristas, una «utilización de los afectos»; de hecho, una creciente proporción de la plusvalía se está extrayendo de aquellas formas de trabajo que apelan a competencias lingüísticas, relacionales y físicas que no se adquieren en la esfera de la producción, sino en la esfera de la reproducción; el tiempo de trabajo y el tiempo de ocio tienden *efectivamente* a no diferenciarse, pero todo eso no anuncia sino una creciente sumisión de la existencia humana al proceso de valorización cibernética. El trabajo virtual que los negristas presentan como un triunfo del proletariado, un «triunfo sobre la disciplina de la fábrica» contribuye también, indiscutiblemente, a consolidar la perspectiva imperial como el más solapado de los dispositivos de domesticación, de inmovilización corporal. La autovalorización proletaria, teorizada por Negri como si fuera lo máximo en cuestión de subversión, por lo demás, también se lleva a cabo, pero como una forma de prostitución universal. Cada uno se hace valer a su manera, hace valer al máximo determinadas secciones de su existencia,

recurriendo incluso a la violencia y al sabotaje si es preciso, pero la propia autovalorización no mide más que el extrañamiento de uno mismo que el sistema de valor le ha arrebatado, sancionando sólo el triunfo masivo de éste. A fin de cuentas, la ideología ciudadano-negrista servirá sólo para adornar con galas edénicas la Participación universal, la exigencia militar «de poner al mayor número de miembros destacados de la población, particularmente a los comprometidos con la acción no violenta, en sintonía con el gobierno» (Kitson), la exigencia de *obligar* a participar. Que ciertos repugnantes gaullistas como Yoland Bresson aboguen desde hace más de veinte años en favor del salario ciudadano universal, poniendo todas sus esperanzas en la «metamorfosis del ser social», debería bastar para descubrir la verdadera función estratégica del negrismo político. Función que Trinquier, citado por Kitson, no puede negar: «La condición *sine qua non* del triunfo en la guerra moderna es el apoyo incondicional de la población».

**P**ero la coincidencia entre el negrismo y el proyecto ciudadano de control total se establece, por lo demás, en un plano no tanto ideológico como *existencial*. El negrista, que se comporta como ciudadano también en este aspecto, vive en la negación de las evidencias éticas, en el rechazo de la guerra civil. Pero mientras que el ciudadano trabaja para contener cualquier expresión de las formas-de-vida, para expulsar los conflictos, para



normalizar su ámbito, el negrista aplica ardientemente la más extrema ceguera ética. Para él todo vale, fuera de los pequeños y cobardes cálculos políticos a los que se entrega de vez en cuando. Quienes hablan del jesuitismo de Negri se equivocan, por lo tanto, en lo fundamental. De lo que se trata es más bien de una verdadera lisiadura, de una formidable mutilación humana. A Negri le gustaría ser «radical», pero no lo consigue. ¿A qué honduras de lo real, en efecto, puede acceder un teórico que declara: «Considero el marxismo una ciencia de la que patronos y obreros se sirven por igual aunque desde posiciones diferentes, enfrentadas»; un profesor de Filosofía política que confiesa: «Personalmente detesto a los intelectuales. Sólo me encuentro bien entre proletarios (sobre todo obreros: de hecho, mis amigos y maestros más queridos son obreros) y empresarios (cuento también con excelentes amigos que son industriales y profesionales liberales)»? ¿Qué valor puede tener la opinión sentenciosa de alguien que no entiende la diferencia ética entre obrero y patrón? ¿Quién puede escribir en relación a los empresarios de Sentier: «El nuevo jefe de empresa es una perversión orgánica, una mutación, una anomalía imposible de eliminar. [...] El nuevo sindicalista, es decir, el jefe de empresa de nuestros días, sólo se ocupa del salario en tanto que salario social»? ¿Alguien que lo mezcla todo, que declara que «nada demuestra tanto la enorme positividad histórica de la autovalorización obrera como el sabotaje», y que propone como única perspectiva revolucionaria «acumular otro capital»? Al margen de sus

pretensiones a la hora de interpretar el papel de estratega en la sombra del «pueblo de Seattle», un ser carente del más elemental conocimiento de sí mismo y del mundo, de la menor sensibilidad ética, no puede producir más que una catástrofe tras otra, reducir cuanto toca a un estado de flujo informe, a pura mierda. Alguien así perderá todas sus batallas impulsado por su deseo de escapar, las perderá y, lo que es peor, no será ni siquiera capaz de reconocer su derrota. «Todos los profetas armados han triunfado, y todos los desarmados han sido derrotados. En los años setenta, Negri supo percibir en Maquiavelo una llamada al choque frontal con el Estado. Décadas después, *Imperio* da prueba de un optimismo de la voluntad, que sólo puede sostenerse mediante el milenario escamoteo de la diferencia entre quienes están armados y quienes no lo están, entre los poderosos y los que se encuentran abyectamente privados de poder» (Gopal Balakrishnan, «Virgilian visions»<sup>3</sup>).

<sup>3</sup> Gopal Balakrishnan, «Virgilian visions», en *New Left Review* 5, Londres, 2000.

## ¡Y GUERRA AL TRABAJO!

Desde el mes de febrero, algo en apariencia inexplicable comenzó a sacudir las entrañas de Milán. Una efervescencia, casi un despertar. La ciudad parecía renacer. Pero de una forma extraña, demasiado estruendosa, demasiado virulenta y, sobre todo, demasiado marginal. Una nueva ciudad parecía estar construyéndose por entonces en la metrópolis. En todo Milán, de uno a otro rincón, se veía el mismo escenario: grupos de adolescentes lanzados al asalto de la ciudad. Primeramente ocupaban casas vacías, tiendas cerradas, a las que llamaban «círculos de jóvenes proletarios». Después, a partir de ahí, se iban extendiendo poco a poco hasta «tomar el barrio». Lo cual abarcaba desde la animación teatral al pequeño «mercado pirata», sin olvidar las «expropiaciones». En el momento de mayor intensidad funcionaban unos treinta círculos de ese tipo. Cada uno disponía, por supuesto, de su espacio, y muchos editaban pequeños periódicos. La juventud milanesa se apasionó por la política, y los grupos de extrema izquierda se aprovecharon, como los demás, de este interés creciente. Más que de política se trataba, de hecho, de una cuestión cultural, de una forma de vida, de un rechazo generalizado y de la búsqueda de otros modos de existencia. Los jóvenes milaneses, casi en su totalidad, prestaron su apoyo a la revuelta estudiantil. Pero, a diferencia de sus mayores, les gustaba tanto Marx como el *rock and roll*, definiéndose como *freaks*. [...] Envalentonados por su número y su desesperación, los grupos más o menos politizados querían vivir según sus propios dictados. Los cines eran demasiado caros, de modo que algunos sábados impusieron la reducción del precio de las entradas empuñando barras de hierro. No tenían dinero, de modo que lanzaron el movimiento «de las expropiaciones», dramáticamente simples, al límite del saqueo. Bastaba con que se juntaran diez para que practicara ese deporte consistente en entrar en masa en unos

almacenes, servirse y salir sin pagar. A esos saqueadores se les llamaba «la banda del salami», pues al principio desvalijaban principalmente charcuterías. Pronto harían lo mismo en tiendas de tejanos y de discos. A finales de 1976 las expropiaciones se habían convertido en una moda, y eran pocos los alumnos de instituto que no habían participado en ellas alguna vez. Los saqueadores pertenecían a todas las clases sociales: había desde hijos de obreros a hijos de la alta burguesía, y todos comulgaban con esa gran fiesta que no tardaría en transformarse en tragedia.

Fabrizio «Colabo» Calvi, Camarada P 38

A excepción de una ínfima minoría de retrasados, nadie cree ya en el trabajo. Nadie cree ya en el trabajo, pero no por eso la fe en su *necesidad* es menos feroz. Y entre aquellos a los que no repele la rematada degradación del trabajo en tanto que mero medio de domesticación, esta fe tiende a menudo a llegar al fanatismo. Es cierto que uno no es profesor, trabajador social, vigilante o cuidador sin experimentar subjetivamente secuelas. Que actualmente se denomina trabajo a lo que hasta ayer se conocía como ocio —a los «probadores de videojuegos» se les paga por jugar durante toda la jornada, a los «artistas» por hacer el payaso en público; una masa creciente de impotentes a los que se conoce como psicoanalistas, echadores de cartas, *coachs* o tan sólo psicólogos, se hace pagar generosamente por escuchar los lamentos de los demás— no parece servir para corromper esta fe

inconmovible. Incluso parecería que cuanto más se vacía el trabajo de sustancia ética, más tiránico se muestra el *ídolo* trabajo. Cuanto menos evidentes son el valor y la necesidad de trabajar, más sienten los esclavos la necesidad de afirmar su continuidad. ¿Había necesidad de recalcar que «la única integración real, auténtica, en la existencia del hombre o de la mujer es la que pasa por la escuela, por el mundo del saber y, al término de un periodo de escolaridad satisfactorio y completo, por el acceso al mundo laboral» (*Face aux incivilités scolaires*)<sup>1</sup>, como si todo esto contuviera un solo gramo de verdad? Además, desde el momento en que la Ley renuncia a definir el trabajo en términos de actividad para definirlo en términos de *disponibilidad*, queda zanjado el asunto: por trabajo se entiende únicamente la sumisión voluntaria a una pura exigencia exterior, «social», de mantenimiento del ámbito mercantil.

Testigo de semejante estado de cosas, el economista, incluso el de orientación marxista, se pierde en paralogismos académicos y concuerda con el definitivo despropósito de la racionalidad capitalista. Y es que la lógica de tal situación ya no es de orden económico, sino de orden ético-político. *El trabajo es la piedra angular en la fabricación del ciudadano*. A tal título resulta absolutamente

<sup>1</sup> G. Longhi, D. Mazoyer, M. Vaillant, M.-D. Vergez, *Face aux incivilités scolaires: Quelles alternatives au tout sécuritaire?*, París, Syros, 2001.

necesario, al igual que puedan serlo las centrales nucleares, el urbanismo, la policía o la televisión. Es *preciso* trabajar porque es *preciso* sentir la propia existencia, al menos en parte, como ajena a uno mismo. Y es esa misma necesidad la que hace que se valore la «autonomía», entendiendo por ésta el «ganarse la vida por uno mismo», es decir, el hecho de *venderse a uno mismo*, y así hacer suya una cantidad determinada de normativas imperiales. Lo cierto es que la única racionalidad de la producción actual *consiste en producir productores*, cuerpos que *no pueden ya dejar de trabajar*. Por su parte, la inflación en el sector de las mercancías culturales, de la industria de lo imaginario y pronto de las *sensaciones*, responde a la misma función imperial de neutralización corporal, de depresión de las formas-de-vida, de bloomificación. En la medida en que el extrañamiento de sí, y ninguna otra cosa, es lo que sustenta el *entertainment*, éste constituye un *momento* del trabajo social. Pero el cuadro estaría incompleto si no se dijera que el trabajo tiene también una función más claramente militar, como es subvencionar todo un conjunto de formas-de-vida —*managers*, vigilantes, policías, profesores, gente *cool*, Jovencitas<sup>2</sup>, etc.—, de las cuales lo menos que puede decirse es que son anti-extáticas cuando no directamente antiinsurgentes.

<sup>2</sup> Véase Tiquun, *Premiers matériaux pour une théorie de la Jeune-Fille*. Trad. cast.: *Primeros materiales para una teoría de la Jovencita*, Acquarela, Madrid, 2012.

**D**e todo el legado putrefacto del movimiento obrero, nada apesta más que la cultura del trabajo, y en la actualidad el culto al trabajo. A ella, y sólo a ella, con su insoportable ceguera ética y su autodesprecio profesionalizado, se la oye gimotear a cada nuevo despido, a cada nueva prueba de que *el trabajo ha llegado a su término*. Lo que de verdad habría que hacer es crear una fanfarria, que podría titularse eventualmente «Coral del Fin Del Trabajo» (CFDT) y cuya vocación sería sonar en cada sitio donde se ejecutan despidos en masa, para, desfilando sobre acordes perfectamente ruinosos, balcánicos y disonantes, cantarle al fin del trabajo y a toda esa prodigiosa extensión del caos que se abre hoy ante nosotros. Aquí, como en todas partes, se está pagando caro el no haber aclarado las cosas con el movimiento obrero, y las dotes para el entretenimiento que en Francia demuestran tener vendedores de humo como los de ATTAC no tiene otro origen. No cabe sorprenderse demasiado, después de esto, después de haber entendido el lugar central que ocupa el trabajo en la fabricación del ciudadano, de que el actual heredero del movimiento obrero, el movimiento social, se haya repentinamente metamorfoseado en *movimiento ciudadano*.

**S**ería una equivocación despreciar el carácter escandaloso que rodea, desde el punto de vista del movimiento obrero, todas las prácticas que demuestran la superación de éste por el Partido Imaginario. Ante todo porque su escenario ya no es principalmente el lugar de producción,

sino más bien la totalidad del territorio, y después porque no es un medio para un fin ulterior —mejores condiciones laborales, mayor poder adquisitivo, menos horas de trabajo o mayor grado de libertad—, sino que se orienta directamente al *sabotaje y la reapropiación*. Pero el contexto histórico de la Italia de los sesenta y los setenta nos ofrece igualmente enseñanzas sobre estas prácticas, sobre su naturaleza y sus límites. La historia del mayo rastreador es, en efecto, la historia de esa superación, la historia de la desaparición del «centralismo obrero». La incompatibilidad entre el Partido Imaginario y el movimiento obrero muestra a las claras su raíz: se trata de una incompatibilidad *ética*. Incompatibilidad que estalla, por ejemplo, en el *rechazo al trabajo* que los obreros meridionales oponen punto por punto a la disciplina de la fábrica, haciendo saltar así por los aires cualquier compromiso fordista. Ése será el mérito de un grupo como Potere Operaio, el de entablar febrilmente en las fábricas una «guerra al trabajo». Según constataba el Gruppo Gramsci a comienzos de los años setenta, «el rechazo al trabajo y el extrañamiento frente a éste no son de carácter momentáneo, sino que aparecen arraigados en una condición objetiva de clase que el desarrollo capitalista reproduce sin cesar y en un grado cada vez mayor: la nueva fuerza de la clase obrera deriva de su concentración y homogeneidad, deriva de que la relación capitalista se extiende más allá de la fábrica tradicional (y en particular de eso que se denomina “el terciario”). De este modo, surgen igualmente aquí luchas, objetivos y comportamientos tendencialmente basados en



el extrañamiento frente al trabajo capitalista, expropiando a los obreros y empleados de su profesionalidad residual y destruyendo así su "afección" y cualquier modo de identificación posible con el trabajo impuesto por el capital». Pero no sería sino al final de este ciclo de luchas obreras, en 1973, cuando se produciría una superación efectiva por parte del Partido Imaginario. Hasta ese momento, en efecto, quienes querían proseguir la lucha habían optado por levantar acta del fin del centralismo obrero, llevando la guerra al exterior de las fábricas. Para algunos, como los miembros de las BR, que creían en la alternativa leninista entre lucha económica y lucha política, la salida de las fábricas significaba la proyección inmediata a la esfera de la política, el ataque frontal al poder estatal. Para otros, en especial para los Autonomistas, esto supuso la politización de todo cuanto el movimiento obrero había marginado: la esfera de la reproducción. Lotta Continua lanza por entonces su consigna: «¡Hagámonos con la ciudad!». Negri teoriza sobre el «obrero social» —categoría lo suficientemente amplia como para abarcar a feministas, parados, trabajadores temporales, artistas, marginados y jóvenes revoltosos— y la «fábrica difusa», concepto que justificaba la salida de la lucha fuera de las fábricas en virtud de que todo, en definitiva, desde el consumo de mercancías culturales al trabajo doméstico, contribuía a la reproducción de la sociedad capitalista, habiéndose extendido, por lo tanto, la fábrica a todos los ámbitos. Tal evolución de los hechos suponía en sí, a mayor o menor escala, la ruptura con el socialismo y con aquéllos, como los de

las BR y ciertos colectivos autonomistas obreros, deseosos de creer que «la clase obrera sigue siendo pese a todo el núcleo central dirigente de la revolución comunista» (BR – *Resoluciones de la dirección estratégica*, abril de 1975). Las prácticas correspondientes a esa ruptura ética dividirían de entrada a los que creían pertenecer a un mismo movimiento revolucionario: las autorreducciones —en 1974 doscientos mil hogares italianos redujeron su factura de electricidad—, las expropiaciones proletarias, los *squats*, las radios libres, las manifestaciones armadas, la lucha en los barrios, la guerrilla borrosa, las fiestas contraculturales, en resumen: el Autonomismo. En medio de muchas declaraciones paradójicas —debe recordarse que Negri, ese ser esquizofrénico, al cabo de veinte años militando por el «rechazo al trabajo» terminaría concluyendo: «Así pues, cuando hablamos de rechazo al trabajo debe entenderse el rechazo al trabajo en las fábricas»—, ese disociado de nacimiento que es Negri llega incluso, siguiendo el radicalismo de la época, a escribir algunas líneas memorables, como éstas, extraídas de *Dominio y sabotaje*: «La conexión autovalorización-sabotaje, y viceversa, nos obliga a alejarnos del “socialismo” y de su tradición, tanto del reformismo como del eurocomunismo. Cabría incluso afirmar que pertenecemos a otra raza. Nada relacionado con el proyecto de cartón piedra del reformismo, con su tradición, con su infame ilusionismo, nos atañe. Nosotros formamos parte de una materialidad con leyes propias, conocidas o por descubrir mediante la lucha, pero en todo caso *diferentes*. La “nueva forma

expositiva” de Marx se ha convertido en una nueva forma de ser de clase. En esto nos mostramos inamovibles, somos mayoría. Disponemos de un método de destrucción del trabajo. Hemos emprendido la búsqueda de una medida positiva de no-trabajo, de liberación de esa servidumbre de mierda de la que disfrutaban los patronos, y que el movimiento socialista oficial siempre nos ha impuesto como un título nobiliario. No, verdaderamente ya no podemos denominarnos “socialistas”, ya no podemos aceptar vuestra infamia». Eso a lo que se enfrenta con tal violencia el Movimiento del 77, ese movimiento que suponía la asunción escandalosa y colectiva de las formas-de-vida, fue el partido del trabajo, el partido de la *negativa* frente a toda forma-de-vida. Y la hostilidad del socialismo en relación a la legitimidad del Partido Imaginario pudo medirse en términos de miles de presos.

El error de los impulsores del Autonomismo organizado, esos «piojos repulsivos que dudaban entre acariciar el dorso de la ballena socialdemócrata o el del Movimiento» (*La rivoluzione* 2, 1977), fue pensar que el Partido Imaginario podía alcanzar *reconocimiento*, que era posible una mediación institucional. Y todavía hoy sigue siendo el error de sus herederos directos, los Tute bianche, que en Génova creyeron que les bastaría con actuar como policías, con denunciar a los «violentos», para que la pasma les respetara. Por el contrario, hay que partir del hecho de que nuestra lucha es *de entrada criminal*, y obrar

en consecuencia. Sólo la relación de fuerza nos garantiza algo, y en primer lugar cierta impunidad. La afirmación inmediata de necesidades o deseos, por cuanto implica de intimidad consigo misma, se contraviene *éticamente* con la pacificación imperial; y no cuenta siquiera con la excusa de la militancia. La militancia y la crítica de ésta resultan ambas, aunque de distinta manera, compatibles con el Imperio; una como forma de trabajo, la otra como forma de impotencia. Pero la práctica que quiere ir más allá, donde una forma-de-vida impone su modo de decir «yo», se precipita hacia la caída si no calcula el alcance del golpe. «La restauración de la paranoica escena política, con su acompañamiento de agresividad, voluntarismo e inhibición se arriesga constantemente a suprimir y negar la realidad, lo existente, la revuelta que surge de la transformación de lo cotidiano y de la ruptura con los mecanismos de coacción» (*La rivoluzione* 2).

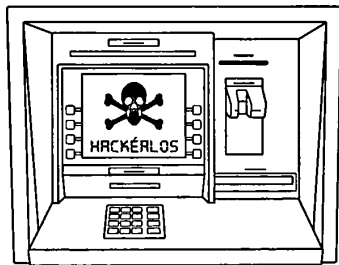
Fue Berlinguer, por entonces al frente del PCI, quien poco antes del congreso de Bolonia, en septiembre de 1977, pronunciaría estas históricas palabras: «No serán unos cuantos apestados (*untorelli*)<sup>3</sup> los que arrasen Bolonia». Resumía así el punto de vista del Imperio en relación a nosotros: somos *untorelli*, agentes contagiosos, que

<sup>3</sup> En épocas de peste, en Italia, se denominaba *untorelli* a los acusados de diseminar la enfermedad untando puertas y pomos. La expresión se utiliza igualmente con un sentido equivalente a «pobre diablo».

sólo sirven para ser exterminados. Y en esta guerra de aniquilación, a lo que hemos de temer más es a la izquierda, porque es la depositaria oficial de la fe en el trabajo, de ese fanatismo especial que supone la negación de toda diferencia ética en nombre de la ética productiva. «Queremos una sociedad del trabajo y no una sociedad del subsidio», señalaba Jospin, ese infeliz grumo calvino-trotskyista, en contra del «movimiento de los parados». Ese credo expresa el desarrollo de un ser, el Trabajador, que al margen de la producción no conoce más que la degradación, las distracciones, el consumo o la autodestrucción, un ser que ha perdido hasta tal punto el contacto con sus propias inclinaciones que se hunde si no es movido por alguna necesidad externa, por alguna *finalidad*. Cabe recordar a este respecto que la actividad mercantil, cuando surgió como tal en el seno de las antiguas sociedades, no pudo calificarse apropiadamente, al estar en sí misma no sólo privada de sustancia ética, sino que dicha privación quedaba elevada al rango de actividad autónoma. No puede, por lo tanto, sino definirse en negativo: como carencia de *scholè* para los griegos, a-scholia; y como carencia de *otium* para los romanos, neg-otium. Y así, con sus fiestas, con sus manifestaciones *fine a se stesso*, con su humor acerbado, su ciencia de las drogas y su temporalidad disolvente, como viejo *arte del no-trabajo*, el Movimiento del 77 hizo temblar decisivamente el Imperio.

¿Y es muy distinto, finalmente, el plano de inmanencia en el que se trazan nuestras líneas de fuga? ¿Hay que tener en cuenta algo más a la hora de elaborar el juego entre formas-de-vida en el comunismo?

*Esto no es*  
*un programa* es el vigésimo  
libro de la colección La muchacha de dos  
cabezas. Compuesto en tipos Dante, se terminó de  
imprimir en los talleres de KADMOS por cuenta de ERRATA  
NATURAE EDITORES en abril de dos mil catorce, treinta y siete  
años y un mes después de aquella noche —apenas unas horas más  
tarde del asesinato del joven Francesco Lorusso— en que la policía  
italiana irrumpió en el local de Radio Alice, destruyó los equipos, de-  
tuvo a los redactores y prohibió la emisión desde aquella frecuencia  
pirata y libertaria del 100.6 MHz en la que no sólo se daba noticia de  
ciudadanos asesinados por *carabinieri*, también se informaba sobre  
huelgas, poesía, budismo zen, manifestaciones, casas okupas,  
recetas vegetarianas, declaraciones de amor, sabotajes  
lingüísticos, escudos anti-antidisturbios, Jeffer-  
son Airplane y la irrestricta felicidad  
de ciertos animales.





Una vez más la lucha, una vez más el fuego. Una vez más hay que salir a la calle, o quizás no, que cada cual elija su estrategia, se aposte donde pueda hacer más daño. Recomienda la búsqueda, a ratos investigación, a ratos batida. Como tantas veces en la historia, no hemos recibido ningún comunicado, ni falta que hace. Conocemos los medios con los que contamos y las mediaciones que nos debilitan. ¿Representación? Impresentables. Para los que no quieran entender, no hay explicaciones: este libro no se las dará y este editor no se esforzará en seducir a ningún despistado desde el texto de contracubierta.

Programas electorales, papeletas bien dobladitas, escaños de caoba. Que ardan. Un proceso insurreccional puede desencadenarse en cualquier punto del territorio o del cuerpo, a partir de cualquier experiencia. Se levanta un día ventoso y de repente, tras años o siglos allá arriba, la cornisa se desploma. Cae sin crueldad, pero cae a plomo. En la medida en que estos procesos acaecen, se conforma un plano de inmanencia común, la subversión contra el Imperio. A ese plano podemos llamarlo Partido Imaginario: nombre que por sí mismo expone su artificio, su función táctica. Un partido que está a la vez ya aquí y siempre en construcción. Y cuyo programa, por supuesto, no cabe en este libro. Construir ese partido nada tiene que ver con expedir carnés de militante, de modo que las diferencias se anulen ni siquiera en beneficio de la lucha. Construir ese partido significa conformar formas de vida a partir de esas diferencias, canales por los que pueda circular la intensidad.

Llega la primavera. Veo orugas procesionarias en los pinos: una larga fila de lepidópteros ensamblados, la cabeza de cada una siempre unida al extremo del abdomen de la que la precede, puro gregarismo a la búsqueda de alimento. ¿Qué pasaría si uniéramos la cabeza de la primera al abdomen de la última, formando un círculo cerrado? Comenzarían a girar indefinidamente hasta morir de hambre o de aburrimiento o de tristeza. O hasta que un niño les prendiese fuego.



**errata naturae**

[www.erratanaturae.com](http://www.erratanaturae.com)

CÓDIGO BIC: JP

